



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores *Amador de los Rios*, Alarcón, Arco. Sra. *Atellaneda*, Sras. *Asquerino*, Auñón (Marqués de), *Alvarez* (M. de los Santos), *Arnao*, *Ayala*, *Alonso* (J. B.), *Araquistain*, *Anchorena*, *Aldeaniza*, *Ariza*, *Antonio Guerra* y *Alarcón*, *Arrieta*, *Balazuer*, *Baralt*, *Barzanallana* (Marqués de), *Beceira*, *Benavides*, *Bona*, *Borao*, *Borrego*, *Buono*, *Bremon*, *Bretón de los Herreros* (Manuel), *Blasco*, *Burell*, *Buitrago*, *Calvo Assensio* (D. Pedro), *Campoamor*, *Camús*, *Canalejas*, *Cañete*, *Carriazo*, *Castelar*, *Castro* y *Blanc*, *Cánovas del Castillo*, *Castro* y *Serrano*, *Calavia* (D. Mariano), *Calvo* y *Martin*, *Cazurro*, *Ceraino*, *Cheste* (conde de), *Collado*, *Corina*, *Corradi*, *Colmeiro*, *Correa*, *Cuesta*, *Cueto*, Sra. *Coronado*, Sra. *Calvo Assensio* (D. Gonzalo), *Comenra*, *Cañamaque*, *Calcaño*, *Dacarrate*, *Diaz* (José María) *Diaz Perez*, *Durán*, *Duque de Rivas*, *Echevarria*, (J. A.) *Espin* y *Guillen*, *Estrada*, *Echegaray*, *Eguilaz*, *Ecosura*, *Estrella*, *Eulata*, *Fabís*, *Ferrer del Rio*, *Fernandez* y *Gonzalez*, *Fernandez Guerra*, *Fernandez de los Rios*, *Fermin Toro Flores*, *Figuerola*, *Figuerola* (Augusto Suarez de), *García Gutierrez*, *Gustavo Baz*, *Gayangos*, *Galvete de Molina* (D. Javier), *Graells*, *Jimenez Serrano*, *Giron*, *Gomez Marin*, *Güel* y *Renté*, *Guellbenzu*, *Guerrer*, *Incenga*, *Haritzendusch*, *Iriarte*, *Janer*, *Jaumeandreu*, *Labra*, *Larra*, *Larrañaga*, *Lasala*, *Lezama*, *Lucas Mallada*, *Lopez Guizarro*, *Lorenzana*, *Llorente*, *Lafuente*, *Macanaz*, *Machado* y *Alvarez*, *Martos*, *Mata* (D. Guillermo), *Mata* (D. Pedro), *Mañé* y *Flaquer*, *Medina* (D. Tristan), *Merelo*, *Montesinos*, *Mollins* (Marqués de), *Muñoz del Monte*, *Malagarriga*, *Ochoa*, *Olavarría*, *Olavarría* y *Huarte*, *Orgáz*, *Ortiz de Pinedo*, *Olózaga*, *Pomplio Gener*, *Palacio*, *Pascual* y *Lastra*, *Pascual* (D. Agustín) *Perez Galdós*, *Perez Lirio*, *Pl* y *Margall*, *Poyo*, *Reinoso*, *Retas*, *Revilla*, *Rios Rosas*, *Rivera*, *Rivero*, *Romero Ortiz*, *Rodríguez* y *Muñoz*, *Rodríguez* (G.), *Rosa* y *Gonzalez*, *Ros de Olano*, *Rossell*, *Ruiz Aguilera*, *Sagarminaga*, *Sanz Perez*, *Sanz*, *Salvador* de *Salvador*, *Salmoron*, *Sanromá*, *Sotgas*, *Sejovía Serrano* *Alcazar*, *Sellés*, *Tamayo*, *Truaba*, *Tubino*, *Talero*, *Ulloa*, *Valera*, *Velaz de Medrano Vega* (Ventura de la), *Vidart*, *Wilson* (baronesa de), *Zapata*, *Zobel*, *Zaragoza*, *Zorrilla*, *Sanjuan* (D. Ramon de), *Camborain* y *España* (D. Eugenio), *Acosta* (D. Juan), *Ribot* y *Fonisséré*, *R. Ortiz* y *Benejto*.

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Setiembre de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Raguer.—*El poder temporal de los Papas en el siglo XIX*, por Nicolás Díaz y Pérez.—*Don Antonio García Gutiérrez*, por Antonio Guerra y Alarcón.—*Una feria de la Caridad*, por Aurelia del Castillo de González.—*El Gigante de Mindanao*, por Mateo Gisbert S. J.—*Laura* (continuación), por Miguel Martínez Franco.—*Don Hilarión Eslava*, por Carlos Guaza y Gómez Talavera.—*La hija del Duk*, por Melchor Cantín.—*Amor contrariado*, por Casto Vilar y García.—*Revista de Madrid*, por Antonio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

El gobierno conservador aún sigue rigiendo los destinos de la patria á pesar de los sucesos universitarios, las obstrucciones parlamentarias, la cuestión epidémica, y por último, el asunto de las Carolinas, amén de otros muchos que fuera prolijo enumerar.

Respecto del asunto de las Carolinas, no se necesitaron ojos de lince para apreciar desde un principio la gravedad de los dos aspectos que entrañaba: el de conflicto internacional y el de política interior.

Las primeras noticias de la usurpación de las islas Carolinas produjeron arranques nobilísimos, espontáneos, repentinas explosiones de corazones hidalgos, arranques independientes de todo egoísmo.

Una vez más se ha revelado al mundo que no cambia fácilmente el carácter nuestro, y que no se ha extinguido y subsiste muy vivo en el fondo del alma de las generaciones actuales el antiguo y sagrado fuego del amor á la patria, capaz siempre de dar aliento á los débiles y comunicar nuevos bríos á los fuertes. Y esto es tan cierto, que ante tal espectáculo, indecibles dulzuras y emociones embargaron

el ánimo de los que todavía creemos y esperamos.

De Cádiz á Pamplona, de Zaragoza á la Coruña, no hay más que un sólo grito de indignación. Olvidando sus divergencias políticas, todos los partidos han protestado con la misma energía contra el cínico atentado cometido por Alemania.

El honor español ha sido atacado; todos los españoles se han levantado para defenderle.

Cerca de mes y medio va pasado desde que Alemania intentó arrebatar de los dominios españoles una parte de su territorio, y sería grande atrevimiento pretender nadie, que no sea el gobierno, dar como cosa averiguada y cierta lo que acerca de tan importante negocio se dice.

Tantas y tales son las tinieblas que rodean este asunto, de suyo no muy claro, que nadie puede asegurar, sin riesgo de incurrir en ligereza, si la posesión de las islas del Archipiélago oriental en el Pacífico es un hecho consumado en lo tocante á la integridad del territorio. Esta es la hora en que nadie sabe si el imperio teutónico se ensenorea en algunas islas españolas, ó si el atropello cometido por el *Illis*, y aparentemente anulado por el mismo gobierno alemán, es el único llevado por el amigo de la vispera.

La oscuridad que se advierte en los sucesos posteriores ha de reflejarse necesariamente en los razonamientos que se aduzcan, puesto que, flaqueando base tan fundamental como el hecho generador del conflicto surgido entre España y Alemania, no ha de andar muy seguro el que sobre ella pretenda sostener cualquiera opinión. Mas no es lo peor esto, sino que, en lo tocante á las negociaciones, no sólo reina

densa oscuridad, sino además la confusión, el desorden y las vacilaciones más completas. Por esto, aun á trueque de perder en oportunidad, habíamos retardado el tratar esta espinosísima cuestión, ganosos de aducir algún dato irrefragable y razonar seguro sobre hechos comprobados, única manera de no producir mayores daños que beneficios al analizar los hechos, pues en asuntos graves no son buenas respuestas repentinas.

Desgraciadamente en nuestra patria, esperar en este linaje de negocios que los gobiernos iluminen con sus leales y francas declaraciones los puntos que á oscuras permanecen, vale tanto como resolverse á no decir nada sobre ellos hasta la consumación de los siglos, por lo cual nos hemos decidido á exponer de una manera lisa y llana lo que hay respecto del asunto en cuestión.

Han pasado ya aquellos momentos en que la noble ira, provocada por la ofensa recibida, no dejaba al entendimiento serenidad bastante para discernir con tino y justicia, puesto que no sea más fácil el acierto, hay por lo menos prenda segura de mayor imparcialidad.

El asunto de las Carolinas es un verdadero problema internacional de muchísima importancia y de penosa resolución. Aparte de los aspectos jurídicos que contiene, encierra otro de política exterior, que es para la nación española decisivo de su fortuna, y quizá de su vida. Excluyendo por lo pronto la disputa sobre derechos, de que ningún caso hacen las naciones fuertes, y menos Alemania, en el intento, fracasado momentáneamente, de esta última potencia, se nota una inclinación que es el mayor peligro de que puede verse amenazado nuestro territorio si dejamos apagar el entusiasmo patrio y nos dormimos confiados

en que tardará el fingido amigo en volver á sus instintivas mañas.

Bismark persigue hace ya bastantes años el establecimiento de un poder colonial tan grande, si es posible, como el de Inglaterra. Primer resultado de este propósito fué la asociación colonial, creada en Diciembre de 1882, desde cuya fecha comenzó á ir descubriendo cautelosamente sus designios el gobierno imperial, bien que cuidando mucho de asegurar lo contrario.

Conocido de todo el mundo es lo acontecido en Angra la Pequeña y las delicadas atenciones que el fiero canciller guardó con Inglaterra y con Francia poco después de lo de Gabón, conducta bien diferente á la que ha observado con nosotros. No hace esto al caso, siquiera indique menespicio. Es suficiente, para enterarse de lo que Alemania pretende, asegurar que tiene puestos los jalones de un nuevo estado colonial, cuyos contornos abarcan desde las islas del Pacífico hasta los confines de la América del Sud. Claro es que este ensueño no lo verá realizado el viejo amigo del emperador; pero también lo es que los pueblos débiles con quienes tropiece en su marcha insensata han de ser víctimas propiciatorias de esa ambición histérica, porque pensar que ha de abandonar sus proyectos es imaginar imposibles. Es también muy cierto que se estrellarán sus planes contra el poder de nación fuerte ó celosa de su honra, pero no sin haber aplastado ó mutilado antes á las que, inermes y descuidadas, se prestan á los arteros manejos del que es habilísimo cazador de gobiernos locos y desamparados.

Aunque se han publicado dos notas de nuestro gobierno y una del alemán, nada nuevo encontramos. El gobierno alemán hace hincapié en las declaraciones del Sr. Cánovas en 1876, y la nota contestación se esfuerza por explicarlas en vez de negarles todo valor. Aparte esto, el canciller no contesta fundadamente, como no podía menos, á los argumentos de aquel, limitándose á ponerlo todo á barato, como vulgarmente se dice.

También parece que se someterá este litigio internacional á la mediación de León XIII.

RAGUER.

EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX

CAPITULO VII

Política de los Pontífices en Roma y la opinión de Salvani.—La plaza Navone de Roma.—Los edictos de muerte.—Costumbres monacales.—En San Pedro de Roma.—Recuerdos.

I

Sin embargo de la abominable política seguida por los Pontífices en Italia, y la odiosidad que por lo común tiene aquel pueblo á la autoridad sacerdotal, los neo-católicos sostienen que el gobierno de los Pontífices daba la felicidad al pueblo romano y sembraba la prosperidad por todos sus Estados, al par que sostenía el equilibrio europeo en la alta política de los grandes Estados.

Estas afirmaciones no tienen el menor átomo de verdad. Jamás el gobierno papal fué para Roma saludable, ni próspera para Italia, ni dió tranquilidad á la Europa cristiana. Por lo que hace á Italia, y mayormente para Roma, no ha podido ser más funesto el poder de los Papas, y desde tiempos antiguos se reconoce así. Sobre este punto, todos los historiadores están centesados. Pero si se quería confirmar este aserto, con autoridades irrevocables, ahí están los artículos titulados *La corte é la societa romana nei secoli XVIII é XIX* (1), publicado por David Silvagni, en la prensa de Roma, donde se pinta de mano

(1) En 1884 Salvani publicó en tres volúmenes su trabajo.

maestra el estado social y las leyes imperantes en la Ciudad Eterna, durante estas últimas dos centurias. Merece que describamos aquí algo de lo que nos refiere Silvagni en su curioso trabajo, para edificación y enseñanza de los partidarios del poder temporal en España, que muchos hay aún que suspiran y gimen por la amenaza que pesa sobre él desde estos últimos años.

Este trabajo está escrito con documentos auténticos, y en gran parte, según Memorias del abate Benedetti, un abate láico y casado (de que ya no hay ejemplos), el cual refiere los sucesos grandes y chicos de la Ciudad Eterna, de que fué testigo y á veces actor, durante tres cuartos de siglo, desde Clemente XIII hasta Gregorio XIV. Muchos capítulos sólo pueden interesar á los que conocen á Roma; otros son vivas pinturas de las costumbres fastuosas, de las cabalgatas carnavalescas, de las fiestas pontificias y de las diversiones de los artistas; pero entre los más dignos de mención, se cuentan los relativos á la justicia, ó por mejor decir, á las justicias, ó sean los suplicios de los criminales (*le Giustizie*), á los cuales el Padre Santo les abría las puertas del cielo de una manera un poco dura.

II

Hasta hace catorce años que la plaza Navone era todavía uno de los parajes más pintorescos de la ciudad: mercado de verduras, frutas, antiguallas, libros viejos que se amontonaban alrededor de la fuente del Elefante. ¡Pero hace cien años! Todos los miércoles se vendían allí vituallas, vino á dos cuartos el cuartillo, carne á seis cuartos la libra, y el pueblo renegaba entre los puestos, jurando que el Papa lo hacía morir de hambre. Entre las cabezas de la multitud se levantaban los tinglados de los saltinbanquis, de los saca-muelas, de los copleros, de los mercaderes de reliquias y amuletos sagrados. Uno glorificaba á Santo Domingo, abogado contra las picaduras de víbora ó contra la rabia; cantaba otro por San Nicolás de Bari, médico infalible de todas las dolencias; otro vendía el *Agnus Dei* de Santiago de Compostela, preservativo seguro contra la peste; otro el *magó de Sabina*, distribuía números excelentes para la lotería de Roma ó la de Génova. En un rincón de la plaza un fraile con un crucifijo en la mano, se desgañitaba como un energúmeno, invitando al pueblo á que hiciese penitencia. En otro extremo de la plaza se veían de cuando en cuando, sobre un estrado, y sentados en un banquillo, varios delincuentes con tarjetones colgados al cuello, en que se leían sus nombres, apellidos y delitos que habían cometido. Era esto la *berlina*, exposición pública de que hasta 1856 se dió espectáculo á los romanos en la plaza del pueblo.

Cuando el populacho se había enterado de este prelude de espectáculo judicial, sonaba la trompeta, corría la turba hacia el estrado y comenzaba el suplicio del caballete. Los pacientes eran atormentados por los verdugos y apaleados con un nervio de toro; gritaban, se retorcián echando sangre, y la plebe aplaudía frenética.

Un día en que ajusticiaban á tres criminales, y cuando el más joven iba á recibir 50 golpes, el verdugo Casella, el hombre más temible de Roma, gritó con una voz estentórea: «¡Detente!» y sonó la trompeta. Aparecía en un extremo de la plaza Navona, un gran acompañamiento. Era el embajador de Venecia, Alviso Tiepolo, que iba al cónclave á cumplimentar á los cardenales. batidores, espolistas, piquetes de caballería, guardas de cortina con magníficas libreas, maceros con porras guarnecidas de terciopelo carmesí y coronadas con el león de San Marcos, acompañaban la carroza dorada tirada por cuatro caballos, en la que iba el secretario del embajador. Seguían detrás nueve carrozas adornadas con insignias oficiales de seda amarilla brochada de oro y seda negra y una larga fila de coches llenos de gentiles-hombres venecianos y romanos y de prelados, cerrando el cortejo una

escuadra de caballeros. En esto el ladrón, levantando la cabeza, vió el pomposo desfile, y con voz agonizante pidió perdón. El pueblo sorprendido por el incidente, también pidió perdón; y entonces el embajador, volviendo la vista hacia el cadalso, hizo una señal al verdugo que se inclinó respetuosamente. Desataron al paciente, que se escapó entre la multitud que daba vivas á San Marcos.

Estas grocias eran frecuentes. Los cardenales que encontrasen un condenado á muerte podían librarlo. Un día, Cencio Storto, tendero de la plaza Sciarra, estaba ya con el pescuezo atado á la cuerda é iba ya á suspenderle el verdugo, cuando acertó á pasar un cardenal que dió la orden de cortar la cuerda. Censio se salvó, pero le quedó el cuello torcido (*storto*) y un nombre de guerra en recuerdo de tan peligrosa aventura.

III

Hasta 1870 cuando un criminal debía sufrir la pena de muerte, se fijaba en las esquinas de la plazas de Roma y en las puertas de las iglesias el aviso siguiente: «Indulgencia plenaria á todos los fieles que confesados y comulgados visiten el Santísimo Sacramento, expuesto en la iglesia de Agonizantes, por los condenados á muerte.»

La primera vez que Silvagni vió el lúgubre escrito en 1840, se trataba de un tal Luis Scapino, de 27 años de edad, culpable de robo sacrilego. Había hurtado un copón. Generalmente se indicaban el nombre y el crimen del desgraciado á continuación del aviso de indulgencia, invitando á los fieles á rogar por el alma del que iba á morir.

Nadie se extrañará que en Roma el sacrilegio fuese un crimen capital; y más extraordinarios son todavía los edictos generales (*Bandi generali*) que formaba la legislación criminal en el siglo XVIII y que, renovados en 1815, duraron hasta 1833. Vamos á traducir algunos de ellos.

Blasfemia.—El secretario de Estado de Benito XIV castigaba así la blasfemia: «del Santísimo nombre de Dios, ó de su único hijo, nuestro Redentor (ó de la Santísima Madre siempre Virgen, ó de algún santo ó santa) por el primer delito, tres vueltas de cuerda en público.» Se ataba al paciente con una cuerda por debajo del sobaco, le levantaban á cierta altura por medio de una polea, soltaban la cuerda de repente, de modo que cayendo el hombre de golpe, sin llegar al suelo, se quebrantase horriblemente. El que reincidía por segunda vez era azotado en público, y el que cometía igual falta por tercera vez, era mandado cinco años á galeras.

Violación de la clausura de un convento de monjas.—Pena de muerte. Si se cometía el crimen de noche, pena de muerte para los cómplices (de todos los grados; pena de muerte para todo el que entrando de día se ocultase para pasar la noche en el Monasterio; pena de muerte siempre «aunque—dice el edicto—ningún percance les haya ocurrido á las religiosas.»

Besos dados en público á una señora.—Galeras á pertuidad, y si le place á su eminencia, pena capital y confiscación de bienes, aun cuando el culpable no haya llegado efectivamente á besarla, sino solo intentararlo.

Libelos injuriosos.—Era la ley pontificia sobre la prensa, que no existía en Roma, de folletos que corrían de mano en mano y de libelos impresos ó manuscritos que se fijaban furtivamente en la estatua de Pasquin y otros sitios públicos. El edicto castiga con pena de muerte, de confiscación, de infamia perpetua ó á lo menos de galeras, á elección de su eminencia, á todo el que haya escrito, fijado ó distribuido alguno de esos libelos «aunque en ellos no dijera más que la verdad.»

Ultrajes é injurias en las puertas y paredes de las casas.—Todo el que pinte figuras ultrajantes, cuernos ú otras cosas ofensivas en las puertas y muros de una casa, aun habitada por rameras,

será castigado á perpetuidad ó á muerte, á elección de su eminencia.

En 1828, el cardenal Giustiniani varió por el edicto siguiente las penas relativas á los blasfemos: «Por la primera blasfemia, 25 escudos de oro; por la segunda, 50; por la tercera, 100, y además, el culpable será azotado por infame. Si es un hombre del pueblo y pobre; la primera vez será atado á la puerta de una iglesia, la segunda, azotado; la tercera, se le atravesará la lengua y se le mandará á galeras.» Esta abominable ley no es nada en comparación de este último artículo: «Los denunciadores ganarán el tercio de la multa, además de diez años de indulgencias.»

IV

Vamos á presentar algunos ejemplos curiosos relativos á las costumbres monacales.

En 1693, una hermana dominicana fué asesinada cierta noche por una novicia que hirió además otras dos monjas que acudieron en socorro de la primera. La culpable fué estrangulada de orden del Papa; pero antes de morir, declaró que había cometido el crimen á instigación de una noble religiosa, llamada Aldobrandini, sobrina de Clemente VIII. También ésta fué condenada á muerte en secreto.

Un joven de Ferrara, enamorado de una monja, se hizo llevar al convento encerrado en un baul, cuya llave tenia aquélla. Al abrirlo, se lo encontró ahogado, y la monja no tuvo más remedio que contar su desgracia á la abadesa. Esta, á su vez, refirió el hecho al cardenal vicario. La monja fué emparedada en un muro del convento.

En 1648 hubo una gran pelea en el monasterio femenino de San Silvestre, por un fútil motivo. Las buenas madres echaron mano á los cuchillos. Una de ellas, gravemente herida, fué arrojada á un pozo; otra murió algunos días después. El Papa envió al convento el verdugo, quien dió muerte á cinco de las culpables.

Camilo Zaccagni, letrado romano, en 1649 había rogado vanamente al gobernador de la ciudad pusiera en libertad á un sobrino suyo. Tuvo la imprudencia de decir en una barbería que los prelados eran inhumanos, más duros que los turcos, y que sabría vengarse en cuanto la Sede Apóstolica estuviese vacante. Denunciaron á Zaccagni, al que aplicaron la ley Julia, cortándole la cabeza en el puente del Santo Angel, en pleno invierno, el 4 de Enero.

Lo mismo que en nuestra época, también en el siglo XVII hubo en Roma envenenadoras. Varias damas patricias formaron una sociedad secreta para deshacerse de sus maridos por medio de la *acqua tofana*. Al cabo de varios crímenes, fueron descubiertas las parricidas. No se atrevieron á cortar la cabeza á la duquesa de Ceri, pero ahorcaron á cinco mujeres del pueblo que habían destilado el agua envenenada. Una de ellas, Girolama Spana, confesó haber matado 32 personas. Cuando llegó la vez á la quinta, el príncipe de Palestina pidió que se diera prisa al verdugo, pero este se insolentó diciendo que la matara él. Enseguida, por orden del gobierno de Roma, fué azotado por las calles y le enviaron á galeras: mas no por eso dejaron de ahorcar á la quinta mujer.

Entre los papeles del abate Benedetti, hay cuadernos consagrados á las justicias más famosas ocurridas en Roma desde el horrible proceso de Conci, en tiempo de Clemente VIII. Es una colección muy á propósito para conmover las almas piadosas y sensibles.

En 1636, un sobrino del cardenal Jacinto Centini ayudado de varios cómplices, emparedó á un competidor probable de su tío al Pontificado. El 22 de Abril este sobrino tan acérrimo, tuvo que confesar su crimen en San Pedro, delante de 20.000 espectadores, en compañía de Fra Cherubino y Fra Bernardino, sus cómplices. El último, en plena basílica, negó el hecho y se desató en

injurias tan violentas, que le pusieron una mordaza. Los otros cómplices, entre ellos un agustino, fueron condenados á galeras. Terminada la ceremonia religiosa, condujeron á los tres asociados por las calles de la ciudad hasta la plaza de Campo di Fiore, donde se levantaba la guillotina, máquina inventada en Roma, y dos montones de leña. Centini fué el primero que se decapitó, y los dos capuchinos, medio muertos de terror fueron atados á un poste de cada hoguera, expiando abrasados su delito.

Matias Troiano, criado de un prelado apostólico y asesino de su amo, sufrió la muerte más cruel que ha podido imaginar. Puesto en el cadalso, el verdugo le quitó el sombrero y la peluca, le vendó los ojos y le hizo arrodillar; después le dió un golpe terrible en la cabeza, le clavó un puñal en la garganta haciéndole bajar hasta el pecho, le cortó la cabeza, le arrancó el corazón y las entrañas, que dejó amontonadas á un lado del patíbulo, alrededor del cual se colgaron en picas los demás restos del cadáver, hecho pedazos. A la tarde llevaron todos estos despojos á San Juan Decapitado, en medio de la multitud, que al acompañarlos ganaba indulgencias. Los prelados alquilaron á precios fabulosos los balcones y ventanas de la carrera, donde situaron á sus criados. Permaneció la cabeza en una jaula de hierro colgada de la puerta Angélica, y las hermanas del criminal fueron desterradas de Roma hasta la tercera generación.

Bajo Inocente XI, ocurrió en 1688 la ejecución del abate Rivarola, culpable de sátiras y libelos. A pesar de todos los vinagres y espasmódicos, el pobre publicista no podía ir por su pié al patíbulo, á donde tuvieron que llevarle en angarillas entre el populacho, al cual tenían que repartir palos los esbirros para abrirse paso. El abate se deshacía en amargo llanto, hasta que recibió una terrible cuchillada en la espalda, y después le cortó la cabeza el verdugo con un machete. El pueblo, indignado, empezó á apedrear al verdugo, precipitándose sobre el cadalso. Los esbirros procuraron defender al ejecutor de la justicia; pero uno de ellos golpeó sin querer á un soldado pontificio, que echó mano á la espada. Entonces el esbirro le apuntó con la carabina, el pueblo se retiró en tropel y se produjo una confusión terrible. Arrancaron al jefe de policía su capa de seda, que hicieron añicos, el soldado ultrajado corrió al Vaticano á buscar á sus compañeros para vengar el insulto, la guarnición del castillo del Santo Angel voló en armas para proteger el piquete del verdugo, y la turba, llena de espanto, pisoteó á los desgraciados que caían en las corridas. Cuando se restableció el orden, los penitentes recogieron los restos ensangrentados de Rivarola, y los esbirros prendieron al verdugo. Este fué azotado al día siguiente y después le desterraron.

A otro abate ejecutaron el 3 de Febrero de 1720. Era un elegante criminal, llamado Cayetano Volpini, que marchó al cadalso con el alzacuello y los puños de encaje, sonriendo, saludando á las damas y damichelas, á los abates amables y á los caballeros que veía en las ventanas. Tenía veintidos años y se reducía su crimen á haber escrito á un diario de Viena algunas indiscreciones referentes á la vida íntima de Clemente XI.

Bugatti, verdugo de León XII, sacrificó 339 personas con la maza ó con la guillotina, y el 27 de Enero de 1800 ocurrió otra ejecución famosa bajo el pontificado de Pio VII. El ajusticiado, de nombre Gennari, fué ahorcado, descuartizado y quemado por delito de sacrilegio.

Algunas cofradías tenían el privilegio de requerir, en las grandes festividades, el perdón de los peores malhechores. En 1824, la cofradía de San Jerónimo fué á buscar solemnemente á las cárceles nuevas un famoso asesino, Checeo, el vaquero. Le llevaron á misa, le vistieron con el traje de cofrade y le pasearon en procesión por la

ciudad, coronado de laurel, como si fuera el Petrarca ó el Tasso. No le faltó más al feliz vaquero que caminar con la lira en la mano y la frente levantada hacia el cielo á lo largo de la vía Sacra.

V

Este era el pueblo de Roma, en estos doscientos últimos años, por gracia y obra del poder temporal de los Papas, según pinta magistralmente Silvagni. Y hemos de confesar que si el pueblo de Roma no es hoy el que era en los pasados tiempos, en las iglesias de Roma se ven los mismos ejemplos de idolatría y las mismas corruptelas que durante la Edad Media, y su clero está tan corrompido como lo estuvo en los antiguos tiempos. Bien que antes, como ahora, Roma es el pueblo de las grandes especulaciones artísticas y religiosas. Lo mismo se falsea una moneda de Rómulo que una muela de Santa Polonia, ó un clavo de la cruz en que murió el Cristo; así es, que el peregrino que va por primera vez á la ciudad de los Cónsules, ha de irse con grandes precauciones sino quiere que le engañe algún sacristán ó viejo presbítero, de esos que se dedican al comercio de las reliquias, amuletos y rosarios sagrados y que gracias á la credulidad de los fanáticos ó ignorantes, logran una gran fortuna que les permite comprar una canongía y aun una mitra, aunque de esos obispos *in partibus* que para ciertos casos lucrativos están siempre en la cartera de la secretaría de la cámara de Su Santidad el Papa..... esperando el mejor postor.

Estas cosas casi no se creen á no verse, y aun viéndolas, el que como nosotros sea, y vamos al decir, un buen católico, apostólico y romano por añadidura (aunque naciese en Badajoz), ha de tocarlas para convencerse que son ciertas. Por ejemplo, en una ocasión que fuimos á Roma para ver de lograr unas licencias matrimoniales que negaba cierto obispo, de cuyo nombre no quiero acordarme, y que no pudimos alcanzar por falta de cuartos, tropezamos para nuestro bien con cierto padre capuchino, de quien nos hicimos gran amigo y quien nos sirvió admirablemente para no caer en manos de los comerciantes..... en artículos espirituales. Dicho padre vivía allá, en la plaza de Barberini, en el convento de la Orden, y no lejos de esta plaza había un platero, donado que había sido de la Alcantarina en cierto convento de la provincia de Cáceres.

En su taller nos reuníamos varias tardes para saborear unas magras del embutido picante de nuestro país, que el buen padre no comía, sino sorbía, como fideos en caldo caliente, mientras el platero nos entretenía con cuentos verdes y colorados, recuerdos picarescos de los buenos tiempos en su juventud en la Orden Alcantarina.

Cierta tarde en que estábamos terminando la merienda, se presentó en la platería un cura de almas, á quien los allí presentes saludaron con cariñoso respeto. Respondió á todos, tomó un poco de rapé, y al punto desdobló un gran lío que traía en la mano y colocándolo sobre el mostrador, dijo al platero:

—Hoy no reñiremos, porque lo que traigo es excelente... muy bueno... y barato.

El platero se puso sus gafas, metió las manos por entre aquel montón de fragmentos ennegrecidos que le mostraba el cura, y preguntó al punto:

—¿Cuánto le doy por todo?

—Cien liras,—respondió friamente el cura.

Y el platero comenzó á vaciar toda aquella inmundicia en un saco grande que tenía á medio llenar, debajo del mostrador, sin replicar palabra.

Mientras pagaba aquella extraña mercancía, nos acercamos al padre capuchino y le preguntamos al oído:

—¿Qué es esto que ha comprado este hombre?

El capuchino nos miró sonriendo, nos agarró por la solapa de la americana y llevándonos al lado opuesto del en que estaba la hija del platero, nos respondió.

—Huesos humanos, ¿pues no los ha visto usted?

Y observando el espanto que sus palabras causó en nuestro ánimo, añadió seguidamente.

—Ese cura ha recogido de unas cuantas sepulturas ese papelado de huesos, que el platero aprovecha un gran precio, porque nosotros estamos con él en el secreto... ¡Y chitón!

—¿Es posible?

—Como me oye, pues cada hueso de esos que ha metido en el saco, aparecerá mañana en poder de alguno de nuestros hermanos en Cristo, colocado en su correspondiente relicario de plata ú oro, y bautizado con el nombre de reliquia de un santo de los muchos que ya reinan en el cielo, por gracia y obra de algún Papa.

El relicario vale á lo sumo 4 liras, si es de plata, y 30 si es de oro; con hueso dentro puede venderse por 100 liras cuando menos... ¡El negocio no puede ser mejor!

—¿Pero es posible este infame comercio?

—¡Infame llama V... Aquí esto es muy lícito, y para que sepa V. más; en ese saco donde el maestro ha vaciado los huesos encontrará V., si mete la mano, tierra y piedrecitas finas de la arena que trae el lecho del Tiber. ¿Sabe V. para qué las quiere el platero? Pues para llevar los relicarios que él hace y venderlos después, como tierra empapada en la sangre de los mártires que murieron en las catacumbas ó devorados por las fieras en el Circo ó Coliseo Flavio.

No quisimos oír más; nos despedimos del padre capuchino y nos dirigimos á descansar al hotel pensando en estas picardiguélas que hacen los hombres para ganar un pedazo de pan. No hay para qué decir que aquella noche no pudimos dormir del mal efecto que nos produjo tan repugnante tráfico.

¡Cuánta perversidad en los hombres que se llaman cristianos!

Al siguiente día era la víspera de San Pedro. ¡Qué calor! Las campanas de la Iglesia de Santa María Sopra Minerca nos despertaron desde bien temprano, porque nuestro cuarto estaba frente al campanario.

Nos vestimos, nos hicieron la *toilette* en la peluquería que está frente al Panteón, en la plaza de la Rotonda, y nos dejamos después llevar por un coche hasta la plaza de San Pedro, á fin de estar desde bien temprano en las fiestas que tributaban en sus días al apóstol mejor de Jesucristo.

La impresión que recibimos al desembocar á la plaza de San Pedro, no es para poderla transmitir al lector por medio de un ligerísimo apunte en unas cuantas cuartillas. ¡Qué grandeza de edificio! ¡Qué columnas! ¡Qué fachada principal!

Aquella plaza circular no tiene igual en el mundo, y cuando llegábamos con nuestro coche hasta el Monolito que está en su centro, no sabíamos cómo poder admirar tanta grandeza. Bajamos del carruaje y contemplamos, en primer término aquella colosal pirámide, que no era ni más ni menos que la erigida, según Plinio, á Nuncore, rey de Egipto, hijo de Sesostris, en Eliopoli, y trasportada á Roma por orden del Emperador Cayo Caligula, en el año 39 de Jesucristo y segundo de su reinado.

Aquellos geroglíficos describiendo caprichosas figuras geométricas y animales raros, eran las voces de un pueblo pregonando las honras de su rey. El lector hallará quizá alguna contradicción entre este Monolito y el templo que está en su frente. No existe tal contradicción. Esta aquí esta obra egipcia, porque Calicula levantó en esta misma plaza su Circo, que fué llamado de Nerón, porque este acrecentó esta obra y la decoró de nuevo con cierta suntuosidad. Destruído este Circo en el incendio que sucedió al-

gunos tiempos después, y comenzado un templo católico sobre sus mismas ruinas, escavando los cimientos del mismo apareció este Monolito, y el Papa Sixto V, en 1586, mandó al arquitecto Domingo Fontana que lo colocase en el centro de la Plaza de San Pedro, donde hoy se encuentra para perpetuar la historia del Circo de Claudio, que hacía morir á los primeros cristianos no lejos del Monolito, y donde hoy se levanta la suntuosa basilica.

Mide el Monolito, sin pedestal, 113 palmos y con el pedestal 180, por una base de 12.

Las dos fuentes que están á sus costados, obra del inmortal Carlo Magno, son excelentes, miden unos 60 palmos de altura, y vierten una gran cantidad de agua, procedente de Bracciano, sobre una hermosa taza redonda de un sólo pedazo de granito oriental, de la circunferencia de 72 palmos, y que á su vez vierten otra más hermosa aún, puesto que mide 120 de circunferencia. Estos tres adornos prestan gran realce á la plaza que está circundada de un suntuoso pórtico á cuatro órdenes de columnas, obra del célebre Bernini, mandada hacer por orden de Alejandro VII á los mediados del siglo XVII. La figura de esta plaza es ovalada y mide, sin contar el espacio de las columnas, 810 palmos. En el centro de estas columnas está el pórtico de San Pedro que mide 433 por 532 palmos. De esta fachada salen los brazos en forma semicircular, compuesto de 284 columnas coronadas por 162 estatuas colosales. Por entre estas columnas pueden cruzar cómodamente dos carruajes. El orden de esta obra es combinado: la base toscana, las columnas dóricas y el cornisamiento fónico.

El gusto más refinado de la arquitectura se coircita aquí para trazar la plaza más notable que existe en el mundo conocido. Pero entremos en la basilica.

Por una bella y cómoda escalinata se sube á ella, dando principio al primer peldaño con las estatuas de San Pedro y San Pablo mandados hacer por Pio IX, la primera á De-Fabris y la segunda á Tadolini. Los mosaicos de Giotto, que representan á San Pedro y que pueden verse á la entrada, son notables. La cruz de metal, que está en el centro, en la Puerta Santa, que sólo se abre en el año del Jubileo, es curiosa por la antigüedad que reúne. Los bajos relieves, en bronce, dispuestos por Eugenio IV para decorar la puerta mayor, datan de 1447 y son obras de Antonio Filarete.

Apenas se entra en el templo, el curioso advina que toda aquella grande mole, coronada por una cúpula de 139 metros de elevación, por un diámetro interno de 40, se hizo más que para glorificar á Dios para honor de los Pontífices, pues sobre toda decoración y ornamentos piadosos, sobresale la tiara y la triple corona pontifical, símbolos de los supremos y triples poderes en la personalidad del representante de Jesús en la tierra. Y por cierto, que el origen verdadero de estas insignias no lo hemos podido descubrir y parecemos que antes que la tiara y la corona pontifical tenia la santidad de los Papas Pontífices otras alegorías más cristianas que someterá la adoración de los fieles, en la basilica de San Pedro.

Tampoco se reflejan en las tradiciones apostólicas el origen del pontificado, ni el uso de los ornamentos simbólicos de su doble autoridad, y la historia en sus confusas páginas, ha dejado correr los errores y preocupaciones que han divorciado á los creyentes, mermando la fé cristiana y debilitando el sentimiento de amor y caridad fraternal, sólida base de la doctrina de Jesus.

Nada resulta para probar que el pontificado fué instituido por Jesucristo; ni que el Apóstol San Pedro fué Pontífice en Antioquia, ni San Lino, ni San Cleto, ni Clemente I, gobernaron la Iglesia de Roma con la misma autoridad que Ju-

lio III, Paulo IV, Urbano VIII y Sixto V en los tiempos posteriores.

El título de Pontífice es de tradición gentil, y el jefe supremo de la religión romana se llamaba Pontífice Máximo, siendo su autoridad independiente y absoluta.

La dignidad pontifical es casi tan antigua como Roma.

Fué instituida siete siglos antes de Jesucristo, por Numa Pompilio, sucesor de Rómulo, á quien deificó consagrándole un templo. También fundó el colegio de los Pontífices el segundo rey de Roma.

Cinco siglos dominó la República de los dos cónsules, y ocho años de Jesucristo, el emperador Augusto aceptó la potestad pontifical, que conservaron sus sucesores hasta Graciano por espacio de tres siglos.

De modo que la tradición gentil ha sido adoptada por el catolicismo, con aplicación á los obispos y al prelado supremo de la Iglesia; y aunque bajo el imperio de Nerón hasta Domiciano, se toleró en Roma la propaganda cristiana, bien se infiere lo que sería la autoridad pontifical cuando los primeros Papas fueron mártires por decreto de los emperadores.

La tiara, símbolo pontifical desconocido en tiempo de los Apóstoles y de los primeros padres de la Iglesia es de origen persa, usada en forma de turbante por las mujeres; y después como diadema por los príncipes y sacerdotes.

No es fácil averiguar quién fué el primer Pontífice que ciñó la Tiara, y cuándo se instruyó el cónclave cardenalicio, que unos atribuyen á Clemente IV, y otros á Gregorio X, de donde se infiere que estos Papas y sus predecesores no fueron elegidos con la ritualidad practicada en los últimos tiempos.

La corona real, símbolo del poder temporal, no existió en los primeros catorce siglos de la era cristiana.

Ni-Silvestre I la recibió del emperador Constantino después del sitio de Roma, ni su hijo Constantino, ni su yerno Julian el Apóstata, protectores del arrianismo, ofrecieron más que persecuciones cruentas á la Iglesia cristiana.

León III y Esteban V, tampoco recibieron de los reyes francos más que la donación de una parte del fruto de sus conquistas; y á pesar del célebre pacto clandestino celebrado entre el príncipe Carlos de Bohemia con Clemente VI, tampoco este Papa fué coronado.

Carlos IV fué nombrado emperador en 1335, preparando el fin de la soberanía de los emperadores de Occidente, y el principio de la soberanía papal.

De este ligero exámen histórico se deduce que, la tiara y la corona pontifical son atributos muy modernos en el Pontificado de la Iglesia cristiana, y no comprendemos cómo se sobreponen estos símbolos, que son puramente dignatarios, á otros que generalmente existen en los misterios de la religión cristiana y tienen cierto origen de respetable santidad como encarnación una de las doctrinas de Jesús.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

DON ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ

Con profundo temor, y más profundo respeto todavía, damos principio á este estudio crítico-biográfico, por referirse á uno de nuestros más grandes poetas dramáticos contemporáneos, y por el natural temor que debe embargar el ánimo de quien ha visto hace poco tiempo cubrir de tierra sus inanimados restos.

La personalidad de García Gutiérrez sintetiza una época gloriosa é inolvidable de la literatura española, tan fecunda en genios ideales, como rica y varia en sus manifestaciones artísticas. Periodo que ha ejercido y sigue ejerciendo notabilísima influencia en las ideas, las costumbres y los sentimientos, hasta de las generaciones que no lo alcanzaron.

En aquel brillante período de nuestra historia, se levantó el espíritu nacional hasta la altura en que al presente lo contemplamos, que relativamente es considerable, desde un abatimiento y postración, que no pueden mirarse sin asombro.

El despostismo ciego y la ignorancia; la guerra y la miseria, el fanatismo cruel; las preocupaciones y el abandono, parecían cerrar todas las puertas de salvación á este pueblo sin ventura, cuando aquella pléyade de amantes de las letras, de espíritus osados y vigorosos a quienes debemos el más profundo reconocimiento, empezó á reunirse y á contar uno por uno sus adeptos, en el inolvidable y mezquino saloncillo del café del *Príncipe* de la corte.

Aquellos héroes de las luchas de la inteligencia, con sus propias virtudes en el fondo y los mismos defectos en el carácter, recordarán siempre el tipo nacional de tantos otros como ilustran la historia patria en los antiguos y modernos tiempos, con sus proezas insignes en la defensa del territorio, en la conquista y en los descubrimientos.

La misma valentía y la misma fé que nuestros guerrilleros y conquistadores de mundos desconocidos, necesitaron nuestros literatos del *Parnasillo* y del *Liceo Artístico* de Madrid, para abrir su espíritu á las ideas revolucionarias que venían del extranjero odiado, romper las trabas de una retórica incipiente é intolerante, dejarse arrastrar por el impetuoso romanticismo, encariñarse con la crítica, tenida por demoledera é impía, y echar, en fin, á fuerza de caídas y triunfos, las bases de nuestra literatura contemporánea.

Aquellos insignes cultivadores de la lírica y la dramática, lanzaron con sus obras el primer grito de guerra, que fué como la fórmula literaria que sirvió á sostener el teatro durante medio siglo, y sirvió para despertar á la musa nacional adormecida por la influencia arcaica de principios del siglo y fines del XVIII. En aquellas grandiosas obras, que no se proponían otra cosa que despertar en el alma del espectador aquella emoción intensa, mezcla de contemplación y de sobresalto, de goce y de pena, que produzca la violenta lucha de ideas, pasiones ó intereses, encarnada en una acción palpitante de interés, llena de sentimiento y de pasión, fecunda en lances trágicos ó sorprendentes, y necesariamente terminada en sangrienta y temerosa catástrofe, realizado todo ello con las galas de la imaginación poética, los adornos de la versificación y las riquezas del estilo. Aquellas obras eran la encarnación de la vida en su aspecto exterior y plástico; el sentimiento en toda su exuberancia; la fantasía en la plenitud de su desarrollo poético; el color predominando sobre el dibujo; la vida, el movimiento y la acción avasallando la idea; por teatro, el corazón agitado por la lucha furiosa de los afectos; por medios, la pasión y el interés; por fin, las emociones del temor. Tal fué el grito de guerra lanzado por los asiduos concurrentes al *Parnasillo*, entonces oscuros y modestos ingenios, y que se conoce en la historia de la literatura con el nombre de *romanticismo*.

Eran aquellos tiempos en que las montañas de las Provincias Vascaas y el Maestrazgo, luchaban cristinos y carlistas y en el *Parnasillo* clásicos y románticos.

La escuela en que figuraron como escritores Cadalso, Meléndez Valdés, Jovellanos, Iriarte, Cienfuegos y Moratín, y como preceptistas y críticos Luzan, Mayans y Campmany, se defendía con más denuedo que los tradicionalistas en las breñas; pero en vano, porque la entusiasta y apasionada juventud de 1830 se inspiraba en las inmortales creaciones de Calderón y de Rojas, de Tirso y de Alarcón, dando al olvido las anacreónticas y églogas cándidas, las acompasadas odas y tiernos idilios, las modestas y afrancesadas comedias, y con ellas todos los preceptos y todas las poéticas. Entonces, así como los clásicos preceptistas volvieron los ojos atrás en busca de antiguos ideales, los románticos acudieron con avidez á uspirarse en aquel Calderón á quien juzgó

Luzan con severidad predipuesta, y aquel Shakespeare á quien Moratín comentó con tan lastimoso como risible criterio. Así que de un lado las intransigencias clásicas de los preceptistas, y del otro la legitimidad y derecho del género injustamente desterrado de la escena, hicieron que se verificara aquella reacción y que los partidarios de la nueva escuela volvieron también atrás los ojos en busca de pasados ideales, inspirándose principalmente en la forma de nuestros dramáticos del siglo XVII, y creando aquel género refractario á los preceptos de los retóricos, ajeno en parte á la realidad y no muy conforme á lo verdadero, ni acaso á lo bueno; pero siempre bello, siempre ideal, siempre seductor, siempre poético, que bello seductor, y poético es todo aquello que traspasando un tanto los linderos de lo real, pero sin perderse en los descaminos de lo imposible, eleva un momento el alma por cima de la vulgaridad cotidiana, y la hace sentir aquellos arebatados impulsos, aquellos vehementísimos afectos, aquellas contemplaciones deleitables, y nunca sofocados, si á veces dormidos, en el espíritu, como reflejos que son de esos mundos ideales á que siempre aspiramos.

Vemos, pues, que en la reacción del romanticismo contra el clasicismo había un verdadero ideal, y que si tomaban por modelo á nuestros antiguos dramáticos, la originalidad y el sentido de la época quedaban incólumes, de tal manera, que las obras escritas en aquel período de renacimiento, aunque llevan todas el sello de nuestro teatro nacional, son, sin embargo, en el fondo bien distintas de aquellas que produjeron nuestros antiguos ingenios. Por esta razón, el movimiento literario de aquella época, fué un verdadero renacimiento, pues á la manera del gran desenvolvimiento de las artes en el siglo XV, efectuábase el desposorio de la antigua forma y pensamiento moderno, no tomando del pasado más que la parte de procedimiento experimental y práctico y la plasticidad de la forma, y dejando correr libre el ingenio en pos de nuevos ideales por los extensos horizontes del porvenir.

El *Parnasillo*, compuesto en su mayor parte de jóvenes dotados de clarísimo ingenio, que intentaban hacer despertar á las Letras del sueño que por causas políticas dormían, es en la historia literaria de España un hecho análogo al del famoso *Cénacle* de París, formado algunos años antes, de donde salió con estrépito y gloria la escuela romántica francesa. Como esta escuela representaba, según la expresión de Víctor Hugo, el *liberalismo de la literatura*, alarmáronse allí grandemente los clásicos escritores apegados á las antiguas formas y doctrinas. No bastando sus polémicas y sus sátiras á poner estorbo al nuevo impulso literario, llevaron la pugna hasta la ira. Siete de ellos formaron una pléyade doctrinal, é hicieron la ridícula gestión oficial de presentar una instancia á Carlos X para que prohibiese la admisión de obrar románticas en el teatro Francés. Sabida es la discreta contestación del rey, «Yo no tengo, les dijo, más atribuciones en este asunto que mi luneta en el *parterre*.» Carlos X demostró de este modo mayor cordura y más sana crítica que Baour-Lormian, Jouy, Arnault y los demás sabios patriarcas del pseudo-clasicismo que habían firmado la exposición.

En España, los Listas, Gallegos, Reinosos y otros venerables varones de la antigua escuela, se opusieron algún tanto contra el espíritu innovador, que solía en verdad producir obras harto atrevidas y extravagantes; pero nunca renunciaron para con la juventud, codiciosa de gloria, á su benévolo y protector magisterio, y acabaron por aplaudir, á vueltas de algunas restricciones críticas, las obras del duque de Rivas, de Gil y Zárate, de Martínez de la Rosa, de Espronceda de GARCÍA GUTIERREZ, Hartzenbusch, de Zorrilla y de algunos otros ingenios que abrazaron los libres dogmas literarios de la escuela romántica.

Consideramos curioso, y más que curioso útil, copiar el interesante capítulo que con el

título de *El Parnasillo* escribió el ilustre Mesonero Romanos en sus *Memorias de un selentón*. Este capítulo es una de las cosas que más avaloran el libro del discreto y docto escritor, porque contiene abundante copia de datos acerca de uno de los períodos de laboriosa transición en nuestra historia literaria.

«De todos los cafés, dice el Sr. Mesonero Romanos en el citado capítulo, existentes en Madrid por los años 1830 y 31, el más destartado, sombrío y solitario era, sin duda alguna, el que situado en la planta baja de la casita contigua al teatro del *Príncipe*, se pavoneaba con el mismo título, aunque ni siquiera tenía entonces comunicación con el coliseo. Esta salita, pues, de escasa superficie, estrecha y desigual (que es la misma que hoy se halla ocupada por la contaduría del teatro Español), estaba á la sazón, en su calidad de café, destituida de todo adorno de lujo, y aun de comodidad. Una docena de mesas de pino pintadas de color de chocolate, con unas cuantas sillas de Vitoria, formaban su principal mobiliario; el resto le completaban una lámpara de candilones pendiente del techo, y en las paredes hasta media docena de los entonces apellidados *quinquets*, del nombre de su inventor, cerrando el local unas sencillas puertas vidrieras, con su ventilador de hojalata en la parte superior. En el fondo de la salita, y aprovechando el hueco de una escalera, se hallaba colocado el mezquino aparador, y á su inmediación había dos mesas con su correspondiente dotación de sillas vitorianas.—Estas dos mesitas eran las únicas ordinariamente ocupadas por unos cuantos comensales, personas de cierta gravedad, diplomáticos antiguos en su mayor parte; y eran los Sres. *Cuadra*, *Arriaza*, *Onís*, *Aguilar*, *Pereyra*, *Dehesa* y *Carnerero*, los cuales, por costumbre inveterada, venían todas las noches á tomar su taza de café ó su jícara de chocolate, que se hacían servir á la mano desde el contiguo aparador, sin tomar para nada en cuenta la mezquindad y suciedad de los trebejos de cristal ó de loza en que aquellos confortantes les eran administrados. El resto de la sala permanecía constantemente desierto, y alumbrado tíbiamente por la tétrica luz de los candilones el empolvado pavimento de baldosa de la ribera, en cuyos intersticios crecía la hierba, que acudían ganosos á *pastar* los ratones y correderas con la misma franqueza que si fueran ganado de la Mesta en prado comunal.

»Pues bien, á pesar de todas estas condiciones negativas, y tal vez á causa de ellas mismas, este miserable tugurio sombrío y desierto, llamó la atención y obtuvo la preferencia de los jóvenes poetas, literatos, artistas y aficionados, que á la sazón andaban diseminados en los varios cafés de aquella zona, tales como el llamado de *Venecia*, en la esquina de la calle del Prado; el de *Sótilo*, en la manzana frontera (que hoy no existe), y el del *Morenillo*, en la plaza de Santa Ana.—Y á pesar de lo extraño que puede parecer, es natural que así sucediera, porque todos aquellos apreciables jóvenes, dados por vocación irresistible al culto de las musas, y un si es no es también al de las nuevas ideas políticas; que no eran á la sazón moneda corriente, no se sentían á gusto y desahogo en locales que, si bien más halagüeños y decorosos, solían estar ocupados por una concurrencia heterogénea y desconocida, compuesta de pisaverdes ó *lechuguinos* insípidos; de militares más ó menos *indefinidos* ó *indefinibles*; de tal cual parásito que olfateaba á donde se consumía un *boll* de ponche ó destapaban unas botellas de cerveza; de algún honrado droguero de la calle de Postas ó apreciable mercaderante de los portales de Santa Cruz, y ¿quién sabe también si un taimado polizonte, tranquilamente sentado y con aire distraído en la mesa contigua, se codeaba con un grupo de jóvenes poetas, y escuchaba su plática, que seguramente no trascendía, que digamos, á ningún olor de santidad?

»En caso tal, los alumnos de Apolo, ganosos de establecer, como ahora se dice, su autonomía, y absolutamente faltos de círculos,

ateneos, liceos y casinos (que por entonces ni aun siquiera de nombre eran conocidos), pensaron, y pensaron bien, que les convenía encerrarse (como los cristianos de la Iglesia primitiva en las catacumbas de Roma), en algún recinto solitario, que á falta de otras ventajas, les pudiera brindar con la independencia y seguridad necesarias para su franca y leal comunicación; y echando el ojo por todos aquellos contornos, ninguno hallaron más á propósito que la sombría y desierta sala del *café del Príncipe*.

»Y hé aquí la razón por la cual cierta noche de invierno (no sabré fijar si fué el de 1830 ó 31), una numerosa falange de tan despiertos y animados jóvenes tomó posesión de aquella tierra incógnita, y nuevos Colones, plantaron en ella el estandarte de las Musas, imponiéndola, en su consecuencia, el título de *El Parnasillo*.

»A la cabeza de aquella fuerza pacíficamente invasora, descollaba la fracción de más empuje en ella, fracción señalada, tanto por el agudo ingenio de sus individuos, como por la juvenil y donairosa excentricidad con que se entregaban á cultas y alegres jugarretas, que solían interrumpir el acompasado movimiento de aquella descolorida sociedad, granjeándose con ellas el esorbitante título, que ellos mismos alardaban, de *La partida del Trueno*.—En ella figuraban ingenios tan privilegiados como Espronceda, Vega, Escosura, Ortiz, Pezuela, Bautista Alonso, Santos Alvarez, y otros que ahora no recuerdo.—En pos de este grupo, verdadera *charanga* de aquella legión poética, venían como soldados de fila, Pelegrin, Scgovia, Villalla, Ochoa, Castejón, Tirado, Las Heras, Larra, Doncel, Valladares, Diaz, Madrazo (D. Pedro y D. Francisco de Paula), los hermanos Mayo, Olona, Diana, Perez Calvo, Ferrer del Rio, González Elipe, Romero Larrañaga, Peral, Navarrete y Salas Quiroga.—Seguía después la cohorte artística de los adscritos á la Academia de San Fernando, la cual ere capitaneada por el entusiasta arquitecto de la villa. Mariátegui, cuya obesidad hariale pasar por bombo, si su prosopopeya y *coram vobis* no le dispensaran el carácter de tambor mayor.—En esta legión figuraban los pintores Madrazo, Rivera, Texeo, Carderera, Jimeno, Camarón, Villamil, Esquivel, Mendoza. Macea y Gutiérrez de la Vega; los arquitectos Colomer y Anibal Alvarez; los ingenieros Areytío y Echevarria; los grabadores Pelegrin, Castelló, Ortega, y los impresores Burgos, Sancha y el editor Delgado.—Ocupando el sitio de respeto, como quien dice, la presidencia de aquella procesión, venían los protectores, entusiastas é inteligentes señores Aceval Arratia, Ortiz da Taranco, Carlos Calderón y Guillén Buzarán, y cerraba la marcha una escogida comitiva de personas distinguidas en nuestra buena sociedad, amigos todos y aficionados á las letras y á las artes, tales como los señores Gutiérrez de la Torre (D. Carlos), Heredia (D. Narciso y D. Pablo), Hidalgo, Bañuelos, Perales, Rio (D. José), Quintana (don Lorenzo), Febrer de la Torre, Pabón, Milans del Bosch, Berriozabal, Vizmanos, Sancho Larrea, Estrada, López Berges, Pérez Vento, etcétera, etc.; y, en fin, como maestro de ceremonias ó bastonero, encargado de facilitar su comunicación y colocación oportuna, aparecía el imprescindible D. Joaquín Marraci y Soto.

»No pretendo, por supuesto, decir con esta prolija exhibición, que en una misma noche y hora determinada, cual si llamados fuesen á son de campana comunal, tuviera efecto esta formidable agrupación, como ni tampoco que fuese improvisada sin la necesaria preparación ó programa. Nada menos que eso; y para explicarlo bastará observar que algunas noches antes se había establecido, inmediata á la mesa única de los diplomáticos, otra con el carácter exclusivamente literario, compuesta del célebre D. José María de Carnerero, que, en su calidad de antiguo diplomático y moderno periodista, reunía ambos conceptos, y que además estaba, como quien dice, *en su casa*, como que habitaba el cuarto principal del *café*; de don

Juan de Grimaldi, director ó autócrata del teatro del Príncipe; D. Manuel Bretón de los Herreros y D. Antonio Gil y Zárate, únicos poetas que por entonces surtían á la escena con sus producciones originales, y D. Serafín Calderón y mi humilde persona, que colaborábamos con Carnerero en la redacción de la única revista literaria, titulada *Cartas Españolas*.

Entre esta mesa propiamente literaria y el dueño del *café* (que para mayor seguridad acumulaba las augustas funciones de alcalde de barrio), mediante también la intervención del consabido Marraci, fueron entabladas negociaciones relativas á la próxima ocupación del local por la falange poética; y el interesado y amable anfitrión, dispuesto á dejarse invadir ó conquistar por la nueva clientela, trató de mejorar algún tanto las condiciones materiales del establecimiento, reforzando el viejo mobiliario, añadiendo una lámpara más á la antigua funeraria, haciendo algún acopio de botellas y garrafones, y lo que es más filosófico—supuestos los escasos posibles de la mayor parte de los nuevos parroquianos—*inventando* en su favor el sorbete metafórico, el *medio sorbete á dos reales* vellón, y á la misma módica cuota el juego completo de taza de *café* con su *plus* ó tostada á discreción. Item más, para la mejor asistencia, á su antiguo y único camarero ó maestra sala Romo, *mozo* (de sesenta abriles, que así escanciaba el garrafón, como agitaba la chocolatera), añadió otro mancebo de servilleta y mandil, para servir de Gaminédes á los nuevos concurrentes. Este mozo, llamado Pepe, fué confirmado de consuno, y con ligera variación, con el clásico y tradicional nombre de *Pipí*.

Dispuestas así las cosas, y verificada que fué la solemne inauguración, procedióse á repartir las mesas y sillas lo más equitativamente posible, quedando en el centro el espacio suficiente para no poder mover un pie. Dividieronse luego los asociados en las correspondientes secciones (ó pandillas, si place al lector) de los líricos, de los dramáticos, de los bucólicos, de los críticos, de los prosistas, de los satíricos, de los afines, de los discordes, de los entusiastas (todavía no se habían inventado los *románticos*), de los innumerables matices, bandos y comuniones, en fin, con que en nuestra tierra de España es uso y costumbre subdividirse toda agrupación que pase de tres individuos, y pudieron entregarse á sus animadas polémicas, sus desenfadados diálogos, punzantes epigramas y galas ingeniosas del buen decir. Allí, al frente de la mesa que pudiéramos llamar *presidencial*, el dictador teatral, Grimaldi, tendía el paño, y disertaba con gran inteligencia sobre el arte dramático y la poesía; allí Carnerero, con su amena y sabrosa conversación, sus animados cuentos, chistes y chascarrillos, que por su color demasiado subido no me atrevo á compulsar aquí, formaba las delicias de los jóvenes poetas; allí Bretón de los Herreros, con su alegre y franca espontaneidad característica, su prodigiosa facultad para versificar, aunque fuese una noche entera, y la homérica y comunicativa carcajada con que él mismo celebraba sus propios chistes; allí Serafín Calderón, con su lengua estropajosa y su lenguaje macareno y de Germania, contando lances y percances á la alta escuela, ó entonando por lo bajo una playera del Perchel; allí Gil Zárate, formando contraste con su grave seriedad y su poco simpática elocuencia; allí Ventura Vega, con aquel aplomo y cómica seriedad que le eran característicos, soltando un epigrama, un chiste agudo, que alguna horas después eran como proverbiales en nuestra culta sociedad, allí Espronceda, con su entonada y pedantesca actitud, lanzando epigramas contra todo lo existente, lo pasado y lo futuro; allí Larra, con su innata mordacidad, que tan pocas simpatías le acarrea; allí Escosura, con la agitada movilidad de su lengua, de su mente y hasta de su corazón; allí Bautista Alonso, con su palabra inagotable, que participaba de arenga forense y de égloga virgiliana; allí, en fin, todos los concurrentes á aquel certamen del talento, alar-

deaban sus respectivas facultades, y convertían aquella modesta sala en una lucha animada, en un torneo del ingenio, y casi casi en una literaria institución.

¿Quién había de predecir, sin embargo, entonces que, andando el tiempo y verificadas las transformaciones políticas, aquella modesta reunión, reforzada por nuevos ingenios tan valiosos como Hartzenbusch, García Gutiérrez, Zorrilla, Roca de Togores, Campoamor, Rubí, Lafuente, Tassara, Bermúdez de Castro, Ros de Olano, los hermanos Asquerino, Vedia, Enrique Gil y Cayetano Cortés, sería también favorecida con la presencia de los grandes oradores, de los encumbrados políticos Caballero, Olózaga, González Brabo, Sartorius, Pacheco, Pérez Hernández, López (D. Joaquín), Bravo Murillo, Moreno López y Donoso Cortés, y que llegaría un día, ó una noche, en que el autor aplaudido, el artista premiado, el fogoso tribuno, el periodista audaz, no se darían por satisfechos si no venían á depositar sus laureles en aquel oscuro recinto y á recibir en él la confirmación ó el visto bueno de sus triunfos literarios ó artísticos, periodísticos ó parlamentarios; y que hasta el ministro cesante ó dimisionario, al abandonar su dorada poltrona, tornaría muy satisfecho á ocupar su acostumbrada silla en un rincón del Parnasillo?

Y sin embargo, todo esto sucedió, reconcentrándose en aquellas estrechas paredes lo más vital de nuestra sociedad, hasta que, rebasando sus límites, partió de ellas el rayo luminoso que había de cambiar por completo la faz de nuestra vida intelectual. De allí, de aquel modesto tugurio, salió la renovación ó el renacimiento de nuestro teatro moderno; de allí surgieron el importantísimo *Ateneo científico*; de allí el brillante *Liceo artístico*, el *Instituto*, y otras varias agrupaciones literarias; de allí la renovación de las academias, de la cátedra y de la prensa periódica; de allí los oradores parlamentarios y los fogosos tribunos, que promovieron, en fin, una completa transformación social. Este movimiento en nuestra cultura, que se desarrolló en el período de 1835 al 40, merece seguramente, y lo tendrá, un capítulo especial. Por ahora sólo me cumple señalar en éste su orígen, iniciado en la modesta y hoy silenciosa y olvidada sala del *café del Príncipe*.

Del movimiento fecundo iniciado en *El Parnasillo* nació nuestro renacimiento artístico, literario é intelectual.

La guerra civil desolaba nuestros campos, diezmaba á las poblaciones y llevaba la ruina y el desconuelo al seno de las familias. La muerte del rey Fernando VII, la cuestión de la sucesión en la corona había provocado una guerra fratricida.

Es muy digno de estudio este período de nuestra historia contemporánea por ser quizás el único en que todas las clases sociales tomaron un vivo interés y una parte activa en las luchas de la inteligencia. Y es tanto más de reparar esta circunstancia, cuanto que el movimiento literario coincidía con una guerra intestina general, viva, sangrienta, destructora, que también afectaba á todas las clases sociales en su existencia económica, moral y material, pero sin que bastara á distraerlas de sus aficiones literarias.

Las luchas entre *clásicos* y *románticos* enardecían los ánimos hasta el extremo de que las producciones de la nueva escuela literaria influían en las ideas, en los sentimientos, en las relaciones de familia, en las modas, en la manera de ser de la sociedad española. En *café*s y tertulias era asunto de todas las conversaciones el drama en boga, y se formaban bandos en pro ó en contra del protagonista de la pieza aplaudida; en los cuerpos de guardia, entre escaramuza y escaramuza, se recitaba y comentaba la poesía recién publicada; la dama encopetada dolíase de los infortunios de tal ó cual personaje de novela, leyenda ú obra dramática, mientras su doncella cantaba las desdichas del triste Chactas; el lechugino y el menestral, la señorita y la modista peinaban lenguas y ensortijadas guedejas á la romana,

encuadrando rostros pálidos de mirada lánguida, revelación externa de un alma romanizada.

La pasión romántica despertó una grande afición al teatro y la hizo surgir donde jamás había existido.

Pero dejando aparte estas consideraciones, ocupémonos en reseñar los orígenes del romanticismo en nuestra patria.

Uno de los escritores que con sujeción á las más estrictas reglas del teatro clásico francés había escrito dos comedias y tres tragedias, el ilustre repúblico D. Francisco Martínez de la Rosa, se hallaba en París por los años de 1826 y siguientes, y hubo de asistir á la grande revolución que se operaba en la escena francesa; escritores de primer orden, ingenios valentísimos habían protestado contra la inflexibilidad de las reglas clásicas, y con el nombre de *dramas* escribían obras escénicas, en las que el elemento cómico iba unido al trágico, de la misma manera que en nuestras comedias antiguas. El clásico y atildado escritor, modificando sus ideas con el frecuente trato y comercio con las de Victor Hugo y demás innovadores franceses, llegó á componer allí dos dramas, *Aben Humeya* el uno, *La Conjuración de Venecia* el otro. *Aben Humeya*, fué compuesto primero en lengua francesa, y estrenado no sin éxito en el teatro de la Port Saint Martin. Triunfo grande el de Martínez de la Rosa hacerse aplaudir en una lengua extraña. *La Conjuración de Venecia*, escrita en español, tuvo mejor suerte. Con el advenimiento al trono de la niña Isabel II había cambiado todo en España; los principios liberales, rechazados y perseguidos antes, fueron acogidos por el gobierno, que nombró á Martínez de la Rosa ministro.

A los pocos días de la publicación del Estatuto real convocando Cortes, obra de la elegante pluma de Martínez de la Rosa, con una victoria popular en las regiones del poder, con una guerra civil en las provincias vascongadas, fué representada *La Conjuración de Venecia*, logrando ruidosísimo triunfo, en la noche del 22 de Abril de 1834.

La obra era verdaderamente digna de aprecio; las circunstancias para su representación, favorabilísimas. El éxito del drama en cuestión fué tan grande como merecido, y el público, subyugado por el interés palpitante de la acción, el choque de los caracteres y la vigorosa expresión del estilo, hizo la debida justicia al mérito singular de su exclarecido autor.

«No acabaremos este juicio, dice el excelente crítico conocido con el pseudónimo de Figaro, al ocuparse del estreno de *La Conjuración de Venecia*, sin hacer una reflexión ventajosísima para el autor; esta es la primera vez que vemos en España á un ministro honrándose con el cultivo de las letras, con la inspiración de las musas. ¿Y en qué circunstancias? Un Estatuto real, la primera piedra que ha de servir al edificio de la regeneración de España, y un drama lleno de mérito; y esto lo hemos visto todo en una semana: no sabemos si aun fuera de España se ha repetido esta circunstancia particular.»

Martínez de la Rosa, el escritor clásico, fué el primero que dió la batalla contra el clasicismo, y el que alcanzó el primer triunfo de la escuela romántica. El fué el heraldo de *Don Alvaro*, de *El Trovador* y *Los Amantes de Teruel*.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

(Continuará.)

UNA FERIA DE LA CARIDAD (1)

Excmo. Sr. D. José Ramón de Betancourt.
Mi querido amigo: he leído ya su preciosa

(1) Con este título ha publicado el distinguido senador cubano D. José Ramón de Betancourt un *Cuento Camagüeyano*, como modestamente titula una preciosa novela de costumbres cubanas. La ilustre poetisa camagüeyana, autora de la carta que á continuación insertamos, ha emitido, en la forma delicada que puede verse, un ju-

cielo completo sobre esa obra de su compatriota. La señora del Castillo de González, de la que daremos á conocer en breve otras producciones, se revela en el trabajo que hoy damos á luz, crítico erudito y concienzudo. Su estilo vigoroso, la sana filosofía del arte que expone y las atinadas observaciones que presenta, dan aun más realce á su bellísimo escrito, que es la manifestación espléndida de un talento maduro y de una consumada experiencia literaria.

novela *Una Feria de la Caridad*, que V. se obstina en llamar *cuento*, y puedo decirle lo que de ella pienso. Cuatro ó cinco noches hemos pasado González y yo recorriendo con los personajes de su historia todos esos lugares amados que se ha complacido V. en pintar con asombrosa verdad. Yo no sé si ha seguido ó no ha seguido usted las reglas del arte; pero sé una cosa: que su novela, escrita antes que yo naciera, ha evocado todos mis recuerdos de camagüeyana con la fuerza irresistible de la realidad. Tiene usted razón en decir que su libro es naturalista, aunque en 1841 no se hablase aún de naturalismo ni de realismo. Y es, que el naturalismo en el arte ha existido siempre. ¿Ni qué han sido las artes en todos los tiempos, sino el esfuerzo constante que hombres de superior inteligencia, delicada percepción y alma vehementemente han realizado por copiar la vida en sus varias manifestaciones: formas, colores, ritmos, reposados afectos, pasiones alteradoras, extravíos, crímenes, y toda la inmensa gama de las ideas, desde la que halla expresión en simple monosílabo hasta la que, magnífica y deslumbradora, despliega sus brillantes alas en numeroso y rotundo período?

La dificultad del arte estriba en encontrar la expresión genuina y exacta que ha de realzar el prodigio de ilusionar por completo al que, ageno á la inspiración del artista, acude con ánimo tranquilo á examinar su obra: libro, espectáculo, mármol, lienzo. Si aquel indiferente no siente elevarse ni un grado el calor de su alma, si continúa analizando hasta el fin; la obra ha fracasado, el artista no ha encontrado la verdad. Pero si el examen se trueca en admiración; si los sucesos representados, por extraños que sean á nosotros, evocan nuestros recuerdos más íntimos, ligándose á ellos por el lazo de sentimientos idénticos, que parecen robados á nuestro pecho por el numen del artista para trasportarlos á su creación; si amamos á unos personajes y aborrecemos á otros, si reímos y lloramos; si sentimos, ya placidez, ya terror, ya sobresalto, y hasta la indignación, que es de los movimientos del ánimo el que ha de reconocer causa más personal: entonces puede asegurarse que el artista ha sorprendido á la verdad en su misterioso santuario, que ha recibido sus destellos en la frente, y que su concepción vivirá, porque está en ella el germen de vida, la indestructible verdad.

Pues de estas obras ha habido siempre. Y no se diga que han existido épocas en que la literatura, para concretarme á esta parte principalísima de las bellas artes, ha poblado el mundo de seres fantásticos; de genios y dioses, sátiros y ninfas, etc., etc.; espíritus variados hasta lo infinito en su cómoda invisibilidad, y que, por primera y lastimosa metamorfosis convirtieron poco á poco en diablos, ánimas y visiones, y tomando ya forma corpórea, por desdicha de muchos, en brujos y hechiceras, endemoniados y santos milagrosos; mundo maravilloso también, que á manera de cuadro disolvente, se trasformó á su vez, engrandeciéndose y heroseándose de nuevo, en otro, á cuyo último período asistimos, de ángeles, querubines y serafines bien aventurados, vírgenes y condenados, con su magnífico cielo los unos y su tenebroso infierno los otros. Pero qué culpa tiene el arte de todo este fárrago imaginario? Los hombres han creído en todo eso; esas legiones quiméricas han influido directa y poderosamente en sus destinos; han motivado casi todas sus desgracias; han ocupado en su vida todos los lugares: el de los afectos, el de la ciencia, el de los intereses materiales; han llenado en suma su existencia. La literatura estaba, como lo está siempre, en el derecho; más aún, en el deber de reproducir fielmente lo que á la vista se le ponía, todos

los elementos que entraban á tejer la trama de los sucesos.

Pero apenas comienza una época á despojarse de las viejas creencias y las viejas costumbres, cuando el arte, ductil á todos los movimientos, arroja su traje gastado, viste las nuevas galas y marcha arrogante junto á la falange revolucionaria, atisbando cuanto sienten y creen los adalides del momento en ambos campos para dejarlo todo fotografiado. ¿Que el arte se obstina á veces en quedar estacionario, y de ahí esas encarnizadas luchas literarias que se empeñan en épocas dadas? Pues tampoco miente entonces la literatura ni se aparta un ápice de su misión: esas contiendas entre los que resisten y los que impulsan, reflejo son exactísimo de las batallas que libran el pasado y el presente en las esferas de la religión y de la política, los dos grandes resortes que mueven á la humanidad, y á la victoria de las nuevas doctrinas sociales, responde siempre la victoria de la nueva escuela artística. Porque jamás domina lo antiguo, y puede asegurarse que su hora ha llegado cuando en los horizontes del mundo aparece lo nuevo con la fuerza incontrastable de la frescura juvenil, que lleva en sí la vida. Pero nada que ha existido desaparece por completo, y cuando calmado el tumultuoso oleaje de las pasiones toman éstas, como los mares en calma, su ordinario nivel, puede verse que de todo lo que ha sido, quedan partes en proporción bien graduada, según su peso y valer, para formar con lo moderno que predomina el grán todo social, del que será compendio exacto para la posteridad el grán todo artístico.

Algo se me alcanza, por lo mucho que de tan importantes objetos de estudio se habla y escribe, de lo que fueron el arte griego y la civilización que representa y pienso como todo el mundo que si las obras que ha dejado ese pueblo son monumentos inmortales por la serena corrección, por la majestuosa hermosura y la imponente dignidad, consiste en que tales fueron los rasgos característicos generales que dignificaron y engrandecieron aquella sociedad. Pero si ella no pudo perpetuarse ¿había de lograrlo su manera artística que de verdadera hubiera pasado á falsa? ¿En nombre de qué principio lidiaron frenéticos los románticos? Pues en nombre de la verdad, bajo cuya bandera les befan hoy y denigran los naturalistas. Aquellos innovadores, hombres de temperamento exaltado, testigos casi de proezas que aun en nuestros días parecen fabulosas, realizadas en mares desconocidos y en tierras no soñadas; ellos que veían sucederse rápidamente prodigios científicos é industriales ¿podían resignarse á hablar de todo esto con el tono reposado y solemne de aquel pueblo que nada semejante vió? El sentimiento, la admiración y el entusiasmo rebotaban en su época, lo maravilloso se les entraba por las puertas, y antes hubieran enmudecido para siempre los hombres superiores de aquel tiempo que acomodarse dócilmente á verter sus ardorosos pensamientos con la fría parsimonia de quien tiene que sujetarse á un modelo propuesto. Ellos, en el fondo más felices imitadores de los griegos, sin proponerse imitarlos, querían como éstos cantar y decir lo que sentían, lo que veían y pensaban.

Hoy el mundo está más acostumbrado á los milagros de la ciencia, el hombre conoce mejor su poder, se ha familiarizado con sus propios descubrimientos y cuenta más consigo mismo que con auxilios extramundanos. Hase convertido la admiración en confianza; la efervescencia de los sentimientos ha calmado; prevalece la razón, se escucha y se acata la voz de la higiene, comprendiendo los jóvenes de ambos sexos que la suprema belleza resplandece en un rostro sonrosado por la salud más que en el tinte de melancólica palidez, debido á la enfermedad física ó al desnivel moral. ¿Cómo escribir hoy con la exaltación de ayer? ¿Cómo prescindir de ciertos conocimientos que son ya de uso común? ¿Cómo exponer al ridículo heroínas enfermizas y protagonistas exaltadas hasta el delirio, si ese modo de ser no es ya el tipo general, y únicamente puede

representar casos aislados? Los hombres de hoy quieren á su turno hablar verdad, y la verdad de hoy es un mundo más práctico, más científico, menos especulativo, más positivo. En esto aciertan los naturalistas, como acertaron los románticos al separarse del patrón griego: solamente encuentro pretenciosa la denominación que han tomado. Cada escuela puede reclamarla para sí. Pero alguna divisa habían de tomar, dadas las secciones que forzosamente se han establecido, y no hay que disputársela. Es cuestión de palabras, sin que deje de ser mérito grande el haber encontrado la más gráfica para significar el fin á que tiende la literatura, lo que es esencia misma del arte en casi todas sus manifestaciones.

He considerado únicamente las tres grandes escuelas que han tenido, una en pos de otra, el dominio literario. Las épocas en que e-gusto se ha corrompido, han dado escuelas efímeras y locales, que dejo á un lado como períodos de descomposición.

Si la literatura, según creo, responde siempre á su época, ¿cómo pudo V. escribir en 1841, es decir, en pleno florecimiento romántico, una novela que encaja sin esfuerzo en el molde naturalista? ¿Sería que nuestro pobre Camagüey se adelantó en el período de calma científica y positivista á las naciones más aventajadas de Europa? ¡Ay! no por cierto. Fué sin duda algo muy distinto. Viviendo usted en aquella ciudad interior que no era ni aun capital de provincia, porque Cuba en aquel tiempo no pasaba de ser una sola provincia ó colonia; ciudad sencilla, natural y bonachona, nada semejante á la culta y libre Grecia; nada dispuesta á entusiasmarse demasiado con las grandes empresas de los siglos XV y XVI, porque, como toda la América se había destetado con tales historias, como que en ellas precisamente comienza la suya; sin tradiciones maravillosas que mezclar y confundir en su fantasía con lo maravilloso moderno; en medio de todas esas circunstancias tan diversas, de aquellas en que se encontraron los clásicos y románticos europeos, tuvo V. á los 17 años, según entiendo, el buen sentido de no dar su entendimiento á violentas imitaciones, como hacían otros, sino que lo consagró pacíficamente á escribir un cuento casero, á copiar con amorosa prolijidad cuanto le rodeaba, prefiriendo siempre, con sensatez admirable en tan pocos años, y deteniéndose con mayor deleite en lo más selecto y en lo que se hallaba más próximo á V. lo que por eso mismo podía ser mejor observado, condiciones ambas que por dicha coincidencia vinieron á encontrarse reunidas en unos mismos sujetos. Enamorado V. cada vez más de la verdad y de las modestas glorias de nuestra tierra, ya naturales, ya adoptivas, en los últimos capítulos de su novela, que forman el segundo volumen, entra la historia casi, casi á partes iguales con la fábula. De este modo ha compuesto V. un libro que durante mucho tiempo tendrá el privilegio de llevar en imaginación á la ciudad natal á todo camagüeyano que lejos de ella lo lea. Así lo he leído yo y no puede V. figurarse con cuánto regocijo he vuelto á ver en su excelente *D. Chico*, buscando quién sería el tipo real, á nuestros buenos viejos camagüeyanos, cuya más alta expresión fué el *Lugareño*, honrados, religiosos, llenos de experiencia y de buen sentido, sinceros, medianamente instruidos, contemporizando á veces con el vicio por cierta indolencia nativa y cierta infantil bondad, llevada á perjudicial extremo, creyendo de buena fe que seguían la más estricta moral, porque la secular costumbre ofuscaba en cierto punto su criterio, y no les permitía ver las terribles desviaciones de la senda en que marchaban con sus dotaciones de esclavos. Este tipo me parece dibujado á perfección.

Doña Petrona, entre todos sus defectos, muy bien puestos de relieve, pues no hay que pensar en que el libro de V. sea una apología de los camagüeyanos, sino que, por el contrario, fustiga de recio los vicios arraigados en

aquella sociedad, entre todas sus indiscreciones tiene una que ha llegado á hacerse general en Puerto Príncipe, y que siendo la exageración de una virtud, de la noble hospitalidad, puede llamarse *forasterismo*.

Nadie se limita allí á prestar al forastero ó extranjero esos mil servicios que son tan necesarios al que llega por primera vez á una ciudad. No, señor. Allí se le agasaja, se le mimas, se le quiere y se le encumbra, anteponiéndole á parientes y amigos. De ahí chascos análogos, ya que no idénticos, al que dió *Cesar Morgan* á la impertinente *D.^a Petrona*.

Fernando y Agustín son retratos de familia, que llevan al pie sus nombres y la inicial de su apellido. Todo el mundo los ha conocido y apreciado en Puerto Príncipe; todos queremos hoy á Agustín como quisimos antes á Fernando (yo le llamaba *D. Fernando*, y tuve la dicha de recibir de él mis primeras instrucciones). A Leocadia me ligan lazos de simpatía fáciles de adivinar. Su historia de amor, de lágrimas y sacrificios me es muy conocida, y puedo testificar sin escrúpulos que se ha tomado del natural. En cuanto á Luisa, admiro su ejemplar virtud y me agrada mucho la entereza con que declara que ha cesado de amar á su indigno esposo, pues no apruebo que la inagotable bondad de uno fomente la inagotable perversidad del otro. Hombre ó mujer, todo el que siente que le invade el choque de un abuso, debe tratar firmemente de ponerle coto. ¿Sabe V. los personajes que me han gustado muchísimo? El Pedáneo y Rafael Parrado variedades muy felices del mismo tipo. ¿Qué *juagiro* más camagüeyano que el Pedáneo Hurtado, con su rotundo provincialismo que no admite réplica, ni reconoce jamás de que haya en el mundo cosas mejores que las de su tierra? Alguno le tachará de muy leído y escrito, pero ya el autor tiene buen cuidado de advertir que estaba en trato frecuente con Gaspar Betancourt Cisneros, con el célebre *Lugareño*, el hombre de más iniciativa que ha tenido Puerto-Príncipe y el menos avaro de su instrucción, y que de él recibía lecciones como todos los demás vecinos del fundo de Najaza. *Armona* representa el militar retrógado, ya lo sea por patriotismo mal entendido ó por propia convepiencia mal interpretada también; pero bueno en el fondo con ese grado de bondad que no llega al heroísmo. Algo jactancioso y muy confiado, al parecer, en sus perentorias órdenes, y á quien no obstante se escaparía de entre las manos el malhechor que persigue, sin el auxilio de los modestos empleados municipales, más conocedores del terreno, y más astutos para seguir la pista del fugitivo.

Como el libro de V. ha sido ya examinado á conciencia y juzgado con tanto acierto por Luaces y Villaverde, y mi objeto no es otro que hablar á V. de él, considerándolo únicamente como pintura de nuestras costumbres y de nuestros tipos provinciales, paso por alto los de César Morgán, Carlos Alvear y el padre Vraidieu, cuyos rasgos son más universales.

Las nobles figuras de Joaquín de Agüero y del *Lugareño*, que aunque no aparece en la obra la llena con su espíritu, pertenecería á nuestra historia, y cuando ésta se escriba podrá verse cuán exactos son los primeros diseños que de ellas ha trazado V.

Me adhiero á la atinadísima observación de Luaces respecto al falso estilo cubano que tanto se generalizó en los albores de nuestra literatura y del que se apartó V. por completo, encontrando los verdaderos tonos de nuestro lenguaje y los verdaderos colores de nuestra paleta. Aquella escursión de *Armona* y del Pedáneo á través de los exhuberantes campos de Najaza, me parece de lo más bello que hay en el libro; como es de lo más interesante, á mi juicio, la situación de César Morgán oculto en la cueva de los *cimarrones*, perseguido por el terrible perro de presa, y escapando á tan horroroso peligro gracias á su destreza y á su valor.

¿Será preciso que yo le complazca á usted hasta el punto de atreverme á indicarle lo que he notado como defectuoso en la obra que me

ocupa? Sea como V. quiera. No me ha parecido propio de nuestras costumbres y menos de las antiguas, que fueron algo más severas en eso de sujeción y recato de mujeres, la idea que le ocurre á *D.^a Petrona* de hacer salir del baile á su nueva acompañada por un hombre que no es su marido. Queda después aclarado que solamente la condujo hasta la puerta del baile; pero era difícil que los concurrentes cayesen en el error de creer que la había llevado hasta su casa, siendo de planta baja la del baile, como todas las del barrio de la Caridad, y costumbre muy antigua la de mantenerse en el portal muchos *mirones* que veían subir á sus carruajes á las que se retiraban. La confianza que hace Luisa á su hermano de los ultrajes recibidos de César Morgán, choca también, á mi entender, con la verosimilitud, pues no podía ocultarse al buen juicio de aquella que la consecuencia de tal revelación era un duelo á muerte. No desconozco que la situación violentísima en que el esposo infame dejaba á Luisa, abandonándola casi á sabiendas á las persecuciones de su perverso y falso amigo, justifica en parte que el alma de aquella infeliz, rebosando amargura é indignación, buscarse desahogo en el seno de un hermano querido y pidiese consejo á su reconocida sensatez; pero nuestras mujeres, V. lo sabe bien, evitan con espanto invencible todo lo que pueda comprometer á sus allegados en un lance de honor, y yo creo que hubiera sido fácil á V. encontrar otro medio para enterar á Fernando de todo lo que pasaba.

Sé de un joven escritor que, después de haber leído su novela *Una FERIA de la Caridad*, ha lamentado que no se hubiese usted consagrado á cultivar el género literario que con tanta facilidad comenzó. Cierto que hubiera sido muy conveniente para nuestras letras; pero no debemos lamentar la pérdida del novelista, sabiendo el uso que ha hecho V. de sus facultades. El adolescente prometía en aquella primera obra que sería un hombre de honor en todos conceptos y que consagraría su vida al servicio de su patria, y hoy que el tiempo ha blanqueado ya toda su cabeza, podemos decir con orgullo que aquel joven ha tenido palabra.

AURELIA DEL CASTILLO DE GONZÁLEZ.
Guanabacoa 4 de Setiembre de 1885.

EL GIGANTE DE MINDANAO

UNA EXPEDICIÓN Y SUBIDA AL MONTE APO, VOLCÁN EN ACTIVIDAD

De la colección de cartas, cuaderno 4.º, publicado por los padres jesuitas en Filipinas, copiamos la siguiente con detalles de una ascensión al famoso monte Apo.

Carta del P. Mateo Gisbert al padre superior de la misión.

Davao 19 de Octubre de 1880.

P. G.

Mi estimado y reverendo en Cristo padre superior: Le dirijo la presente carta con objeto de enterar á V. R. de un viaje que acabo de hacer al monte Apo. Ya sabe V. R. la situación de este monte respecto á Davao. Su distancia desde la playa en línea recta no pasa de 32 kilómetros; pero sea por considerarla inaccesible, sea por no tener camino conocido, ninguna cara blanca había subido á él hasta ahora. El señor gobernador de este distrito, D. Joaquín Rajal, que es hombre de valor, hacía muchos días que deseaba verificar esta expedición, pero se presentaban siempre muchas dificultades. Europeos y visayos aseguraban que era imposible ir al volcán del Apo, puesto que en otras ocasiones se había intentado ya, deshaciéndose la expedición en el camino y muriendo muchos de los expedicionarios. Los infieles bagobos, que eran los mejor enterados, puesto que no faltaban entre ellos quienes habían subido más de una vez para ir á buscar azufre, decían también que no se podía subir, sobre todo sino se hacía antes un sacrificio humano á Mandarangan, que según ellos tenía allí su asiento, y que necesita be-

ber sangre humana. Esto, que para los infieles bagobos era una dificultad muy grande, á consecuencia de sus erróneas creencias, no debía detener ni un momento á los cristianos. Por consiguiente, resuelto ya el señor gobernador, determinó visitar primero la ranchería del dato Manig, que es el capitán de los bagobos que viven al SE. del Apo, con el objeto de indagar más de cerca cuanto convenía saber para llevar á cabo la proyectada expedición. Prometió el capitán Manig acompañarnos hasta el mismo volcán con cincuenta de sus sacos, sin hacer autes sacrificio alguno, pues si subíamos nosotros, era para ellos señal evidente que éramos más poderosos que Mandarangan, á quien tanto temían.

Con estos antecedentes organizóse en Davao la expedición, formando parte de ella los Sres. Dr. D. José Montano, D. Ramón Son, D. José Campos, D. Ramón Cordero, D. Rafael Martínez, un cabo y once individuos de la compañía disciplinaria. Llenos todos de confianza en Dios, salimos de esta con el señor gobernador el día 5 del corriente mes de Octubre, juntándonos por la tarde con los bagobos del capitán Manig, quines desde la playa cargaron con nuestro casaquepan y nos sirvieron de guías en el camino. El segundo día de nuestra salida no teníamos ya más camino que el río Tagulaya, al cual habíamos llegado por una pendiente de 200 metros de altura, que es un continuo despeñadero. Metidos en el río teníamos que andar por él contra corriente, atravesándolo además muchas veces con agua hasta el pecho. De esta manera no pudimos andar el segundo día más que dos horas. El día tercero continuamos la marcha río arriba, y después de haber andado por él siete horas y atravesándolo catorce veces, con riesgo de la vida, subimos de nuevo al monte para buscar otro camino mejor y secar la ropa que llevábamos mojada. El día cuatro no anduvimos más que una hora por haber caído enfermo el Sr. Campos á consecuencia de los trabajos del día anterior. El día quinto, después de haber dejado al Sr. Campos, que aún continuaba enfermo, en una pobre casa con tres hombres que le cuidasen, continuamos la marcha hasta las seis de la tarde, colocándonos, aunque con mucho trabajo, á 1.900 metros sobre el nivel del mar y al pie del mismo volcán. Levantamos una tienda de campaña para pasar allí la noche, resueltos á subir al volcán el día siguiente.

El día sexto de nuestro viaje era, pues, el que destinado para la ascensión. Las dificultades tuvimos que vencer este día, fueron mucho más grandes que las de los días anteriores, porque los infieles que debían habernos abierto el camino, dijeron que camináramos nosotros delante, porque ellos tenían miedo á Mandarangan, en cuyos dominios íbamos á entrar, según decían. No hubo más remedio que ir nosotros delante y abrirnos paso durante tres horas, por el espeso bosque que nos quedaba. Allí dejé yo parte de mi pobre sotana, saliendo todos de aquel terrible paso bastante lastimados.

Al salir del bosque, que nosotros llamamos de los helechos por su abundancia, habían desaparecido ya las dificultades, pues podíamos subir hasta la cumbre como por escalones naturales. Mas, pronto advertimos que el suelo que pisábamos estaba muy caliente y blando, y que desde una grande hendidura que había á la izquierda, se levantaba una columna de humo.

Estábamos ya en la primera solfatara ó sea en el verdadero cráter, que tiene hoy en actividad el volcán de Apo. Allí paramos unos cinco minutos para tomar alturas.

Estábamos á 2.400 metros sobre el nivel del mar y hasta la cumbre nos faltaban aún 741. Los infieles se fueron juntando á nosotros para ver de cerca lo que tanto miedo les causara. El ruido que continuamente se oía, semejante al que se hace cuando se descarga una caldera de vapor, era sin duda lo que más les impresionaba.

Sin embargo, habían perdido ya el miedo, porque uno de ellos afirmaba, que al llegar el

padre había visto huir á Mandarangan. Continuamos todos la ascensión respirando con dificultad en medio de las nubes, que saturadas de ácido sulfúrico, cubrían enteramente el monte. El suelo que pisábamos era casi todo cenizas y lavas petrificadas con una capa de azufre cristalizado.

A la una de la tarde llegamos á la cumbre, dejando á uno y otro lado un sin número de solfataras. En la cúspide está el ancho y antiguo cráter del volcán, pero tan completamente apagado, que el día que haya una erupción, estallará sin duda por el nuevo y pequeño cráter, que encontramos en medio de la subida. En la cumbre comimos un poco y empezamos á bajar en seguida, sin haber podido tener el gusto de usar el antejo, para ver desde allí la parte de Cottabato y demás puntos de la isla de Mindanao, pues estaba lloviendo y no veíamos á la distancia de cien metros.

Nuestro deseo era encontrar el cielo despejado, pero esto es allí una grande casualidad, lloviendo casi todos los días, y habiendo muchas veces horribles tempestades.

Por la noche nos reunimos de nuevo al pie del monte en nuestra tienda de campaña, mojados todos y medio muertos de frío, pues estábamos á 8 grados del centígrado, que para este país ya es un frío inaguantable.

Al día siguiente bajamos hasta la ranchería de Bitil, en donde habíamos dejado al señor Campos, á quien tuvimos la satisfacción de encontrar completamente restablecido, pudiendo volver á Davao la expedición, á los nueve días de nuestra salida.

La gloria de esta expedición, debida toda al Sr. Rajal, consiste en haber sido la primera que ha ido al volcán de Apo, abriendo el camino no sólo á los naturalistas, para que vayan allí á hacer sus importantes estudios, sino también á la civilización cristiana; con lo cual es de esperar que no se volverán á repetir las bárbaras escenas que tenían lugar al pie del monte Apo, cuando los infieles querían subir á él; pues nunca se atrevían, sin hacer antes un sacrificio humano para aplacar á Mandarangan. Mas, como ahora han visto que nosotros hemos subido sin sacrificio alguno, en adelante ya no los harán. Esto ha sido para todos los fieles bagodos un grande acontecimiento. En el camino no hablaban de otra cosa. Cuando subíamos, decían: Si el padre va delante, no hay miedo, á Mandarangan, porque él le ahuyentará. Cuando bajaban decían también: ¡Ah! Si el padre y el gobernador no hubiesen venido con nosotros, sin duda hubiéramos muerto. Pues dicen que Mandarangan, que por más señas, según ellos, tiene también mujeres, es el primer demonio, y que el volcán le pertenece como boca ó camino del infierno. En los sacrificios que le hacen pronuncian estas palabras: *Soló dini Mandarangan, gubnuman diponoc ini monobo*, que en su idioma quiere decir: ven acá Mandarangan, y bebe la sangre de este hombre!

Crean además los bagodos en otros demonios á quienes llaman Calambusan, Camalay, Tagabaling, Siring, Abac, etc. Crean también en una divinidad que reside en tres sujetos ó personas, que llamen Tidiana, Manama, y Todlai, los cuales están en el cielo como tres hermanos.

En Tiniana dicen que reside un gran poder; Manana es el que conserva, premia y castiga, y Todlai dicen que preside los casamientos, en los cuales ofrecen buyo y morisqueta. Crean además en Todlibon, siempre virgen que dicen está en el cielo y es esposa de Todlai. Dicen también que Tagalium y Lumabat subieron al cielo en vida con un enjambre de abejas blancas, que encontraron yendo á paseo. Entonces dicen que se engrandeció el mundo que Dios había hecho primero pequeño.

El canto del limócon es para ellos la voz de Dios, que les advierte los peligros que les esperan. Cuando canta, á la derecha, es de buen agüero, y sigue caminando sin miedo; pero si canta á la izquierda, no se atreven á pasar adelante.

Como V. R. podrá haber notado, los bago-

dos de esta misión tienen alguna idea de Dios y de la Trinidad, que ellos distinguen con los nombres de Tiguiama, Manama y Todlai. También parece que Todlibon se refiere á la Virgen Santísima; y no sería extraño que Tagalium y Lumabat se refiriesen á Elias y Enoch. En la subida al volcán ha tenido ocasión de hablarles alguna vez de la fe verdadera, y comprendo que si se sabe cuáles son sus creencias, se puede misionarles con mucho provecho, como decía el P. Moré. ¡Lástima que no entiendan el visaya! Es necesario emplear algún tiempo en aprender su dialecto, que es el más difícil del seno de Davao.

Esto es, padre mio, lo que me ha parecido conveniente decir á V. R. á mi regreso del volcán del Apo, cuya derrota verá V. R. en una carta geográfica, que está haciendo el Dr. Montano.

Mis recuerdos á todos los PP. y HH. de esa casa en cuyas OO. SS. SS. mucho me encomiendo.

Su hijo y siervo en Cristo,

MATEO GISBERT S. J.

LAURA

BOCETO LITERARIO

Continuación.

Reasumid la vida de la mujer, y la hallaréis explicada con una sola palabra, amor: en la infancia, amó á sus padres; en la juventud, amó á su esposo; en la vejez, amó á sus hijos....

R. de Satorres.

—Laura mia, jamás la dicha me ha sonreído cual hoy, cree bien mio, que en mi alma quedará grabada con caracteres inestinguibles esa fecha que quieres conservar en la memoria; tú abristes mi corazón á la luz del amor, pasó el tiempo sin que mis ojos pudieran recrearse contemplando tu hermosura, un día te ví, y te juzgué un imposible, mas á pesar de ello, no derribé de mi corazón el ídolo y seguí amándolo en secreto, en ti pensaba día y noche, por tí y para tí vivía, y á tí dedicaba mi existencia entera. Mi amor es mayor que el tuyo, tú te vengarías si te olvidara yo, perdonaría á quien me olvidaba y seguiría amando, sin que jamás el tiempo ni la ausencia pudieran ser causa de que se extinguiera en mi mente su recuerdo.

—Gracias, Alberto.

—Cuán feliz me haces, Laura mia; aquí, sentados, hablando de nuestro amor, que será eterno, pasaria el resto de mi vida.

—Alberto, es preciso separarnos hoy; mi dicha mayor sería que nos reuniéramos para no separarnos jamás, pero no es posible; dentro de dos días parto para el Escorial, allí te espero; cuando volvamos á Madrid seremos esposos para el mundo.

—¿Y por qué no ha de ser un hecho, y así no tendremos que bajar la cabeza ante la sociedad?

—¿Olvidas, pobre Alberto, que eres menor de edad?

—Es cierto.

—Aunque así no fuera, no me casaría, acaso una vez unidos por el yugo del matrimonio me abandonarás, y entonces, ¡oh!

—Yo te juro...

—No jures, Alberto; nadie puede asegurar lo que hará en lo sucesivo. Yo tengo mi plan, déjame obrar, no vuelvas por casa, pasado mañana salgo para el Escorial, te espero allí el 16, cuando volvamos, no te conocerán mis criados, y aunque no lo seas, serás mi esposo. Adios, Alberto, guarda esta flor; como recuerdo de hoy, y sea para ti un amuleto que te proteja contra el amor de otras. Y desprendiéndose de sus cabellos, la roja camelia, que estaba bastante ajada, me la dió; yo puse en ella mis labios, luego sonó un doble beso, y cuando abrí la puerta del gabinete azul, me pareció como que oía el rumor de unos pasos que se alejaban. Salí á la calle, llegué á mi casa, en mi cabeza bullían una infinidad de halagüeñas ideas, mas no estaba bueno, aquella me dolía, el pecho me hacia daño; pálido el

semblante, y alterado el pulso, hube de acostarme encima de la cama, sin pensar ni aun en desnudarme.

Dormí, y soñé. Desperté á las voces de mi amigo Carlos.

—Pero, hombre, estás hecho un calavera, ¿dónde te metes, qué haces? Es natural, como te casas, olvidas á tus antiguos amigos.

—¿Qué dices!

—No lo ocultes, ya es público, y lo sé todo. Y por cierto, que eres bien disimulado; parece mentira, hombre, que blasones de lealtad, de nobleza.

—Si no te explicas, acabarás por volverme loco.

—¿Con que también te gusta que te regalen el oído? Pues te daré gusto. Sé que te casas con aquella... viuda del mejicano, con la linda desconocida de la platea número 7 del teatro de la Zarzuela.

Cual si una vivora me hubiera picado, salté del lecho, llevé la mano al bolsillo de la levita, y en él toqué la camelia, recuerdo de Laura. Creía un sueño la realidad, y hasta que pasaron unos minutos, no pude darme cuenta de que estaba despierto.

—Pero, hombre, ¿qué te pasa?—repitió mi amigo.—Hace tres días que no te se ve; me aseguran que te casas; vengo á visitarte y me recibes en la cama vestido, cual si de una orgía te hubieran traído ebrio.

—He estado malo, querido Carlos, pero no sé lo que he tenido ni el tiempo que ha durado mi enfermedad, pero dime; ¿qué hora es? mi reloj está parado; ¿á cuántos estamos?

Nada, está visto, loco de remate, tú concluirás en un manicomio.

—¿Pero, no me contestas?

—Son las dos, y estamos á 16.

—Pues entonces me voy.

—¿Pero dónde, hombre?

—A casarme.

Modérate, Alberto; ve que tu traje no es á propósito para ir á casarse, no va uno así como así. Ven, siéntate á mi lado, y dime lo que te ocurre.

—Tienes razón; me siento, pero no me haga pregunta alguna, no sabré contestar.

—Bien, puesto que callas, yo hablaré. Una noche ví, no sin asombro, que tú, el hombre de hielo, no apartabas los gemelos de la dama que ocupaba un palco en la Zarzuela; me interrogaste acerca de ella y te dije lo que sabía. Anoche en el baile del Real, me dijo su agente de negocios, aquel Alfredito de un pasado algo oscuro, me dijo que se casaba, no me extrañó, pero sí al saber que era contigo; me he informado, é interesado por ti, vengo á proporcionarte detalles. ¿Sabes lo que es aquella deidad?

—¿Una princesa rusa?

—No.

—¿Una espía del gobierno?

—Sí.

—Lo sé; ¿y qué?

—¿Y te casarás?

—Guárdame el secreto, Carlos; me caso, y... no me caso.

—Comprendido. Me callo, y como sólo para hacerte desistir de tu propósito vine á verte, me voy; que sea enhorabuena, y que Dios te asista, y sobre todo, ojo, mucho ojo, no sea una treta de la policía.

—Ve descuidado, Carlos, y gracias por tu intención.

Una vez solo, y con auxilio de mi memoria, pude convencerme que no había sido ficticia mi felicidad, y que hacia más de setenta horas que me había acostado vestido encima de la cama.

La camelia de Laura que aún conservo, estaba marchita en mi bolsillo, y en su pie enredado un cabello negro, besé aquella reliquia de mi amor, y después de cambiar de traje, y arreglar mi equipaje, me dirigí á la estreñón del Norte.

El tiempo fué breve, abstraído en mi dicha, cuando quise recordar me hallaba en el Escorial; entonces, y sólo entonces pensé que ignoraba el domicilio de Laura, y que me se-

ría difícil preguntar por él, mas un sujeto se me acercó, hablándome de este modo:

—Señor, ¿seréis vos el marqués del Lazo de Gracia?

—Yo... ¡ah! sí; yo soy.

—La señora marquesa no ha podido venir, llegó á casa enferma como V. S. sabrá, y me encargó esta mañana viniera á esperar á V. S. dándome sus señas personales.

—¿Pero qué tiene la señora?

—No se sabe; ni se queja, ni toma nada, y hoy ha preguntado una porción de veces si había venido V. S.

—Bien; vamos á casa, y luego sacará usted el equipaje; este es el talón, tome usted.

Un ómnibus nos condujo al hotel en que habitaba Laura; nada más bonito que aquel apacible retiro, situado en la parte nueva de la población, donde á nadie se ve en tiempo de invierno, por lo que me pareció lo más á propósito para nuestro amor.

Laura estaba en cama; al llegar á su lado me tendió una de sus manos, que yo besé con adoración.

—¿Alberto mío, cuánto has tardado!

—Ya te contaré, mi alma; yo que no quisiera separarme de tí, ¿crees que había de retardar el momento de venir á tu lado? No, bien mío, no; una ligera indisposición ha sido la causa de no llegar esta mañana. Pero tú, ¿qué tienes? Estás pálida, te encuentro llorosa y en cama; calma por Dios mi ansiedad, y dime qué te pasa.

—Nada, mi Alberto; estoy con un desasosiego grande; el mismo día 13 salí de Madrid, y cuando llegué me acosté; sin aliciente ninguno he pasado estos días en cama, y hoy, cuando quise levantarme, no pude; estoy muy débil, pero no es nada, no te apures; y tú, ¿qué has tenido?

—Ansia por verte; nada más, mi ángel.

—Ya estás aquí. ¡Qué felices vamos á ser en este día!

—¡Oh, mucho! Para mí la felicidad está donde tú; pero aquí, sin nadie que interrumpa nuestra alegría, consagrados el uno al otro, seremos muy venturosos.

Capitán, no quiero cansar á V. con estas conversaciones que, aunque para los enamorados significan mucho, nada dicen.

Un mes, que llamaba yo el primero de la luna de miel, pasamos en el Escorial; los severos claustros de la octava maravilla del mundo, los paseos de los Alamillos, Camapés, la Floresta, y sobre todo, las grutas de los Frailes, presenciaron nuestra felicidad, y pasado aquel, regresamos á Madrid, en donde por algún tiempo siguió sonriéndonos la felicidad.

Laura me confesó un día que los últimos miles reales que le restaban de su antiguo capital los había perdido en una jugada de Bolsa.

Mis gastos eran enormes, y ya no podía sostener el lujo á que Laura estaba acostumbrada; pretendí me declarasen mayor de edad, mas no lo conseguí; acudí á mi curador pidiendo cantidades para este ó el otro concepto; al principio me las facilitó, mas luego me las negó, supretesto de que no quería que una fortuna que tanto trabajo le había costado reunirme, la derrochara en un día con la mujer que vivía; lo único que percibía era la pensión señalada por los tribunales. La suerte me favoreció algún tiempo, pues en dos loterías consecutivas obtuve primeros premios, mas llegó un día en que todos los recursos se agotaron; en mi caja tendría algunos veinte duros, cantidad insuficiente para cubrir mis atenciones de dos días. ¿Cómo salir del apuro en que me hallaba? ¿Cómo pribar á Laura de su carruaje, de sus vestidos y brillantes, de su palco en el Real? ¿Cómo enturbiar la dicha que desde hacia trece meses no había empañado la más ligera nube?

Tenia un cuadro original de Rivera, y ví en él mi salvación momentánea; aquella joya del arte valdría unos sesenta mil reales; pero no ignoraba el bajo precio que se pone á un objeto vendido de segunda mano, y por lo

tanto, podría hasta darme por satisfecho si conseguía por él las dos terceras partes.

Con lágrimas en los ojos descolgué aquel cuadro, y como el estudiante que excusa la presencia de sus padres para sacar de casa un libro, y con lo que se obtenga al venderlo ir una noche al teatro, con esa ansiedad, con igual temor, puse el cuadro bajo mi capa, y me dispuse á salir. Laura con su presencia destruyó mis planes.

—¿Dónde vas?—me preguntó.

—A... paseo.

—Mucho lo extraño; no es hora de pasear, y á más, jamás has salido con este objeto sin mí. Tú me engañas, y tratas de ocultarme algo. ¡Oh, Alberto, no en vano paso el tiempo; tu alma ya no es mía, lo conozco, y aunque trates de disimularlo, no puedes!

—Laura, tú sabes que siempre te he admirado; tus deseos han sido siempre órdenes para mí, y por verte contenta, porque estés satisfecha, pondré cuantos medios estén á mi alcance. Si en la presente circunstancia te he querido engañar, era porque no sufrieras como yo, pues no quiero que tu alegría desaparezca por cosas que pueden remediarse. Es cierto que no voy á paseo, ¿á qué mentir? Un objeto distinto me obliga á salir de casa solo.

—Pues bien, Alberto, yo tengo derecho á saber por qué quieres salir solo. ¿Acaso crees que las mujeres que aman como yo se contentan con que se les diga que un asunto importante obliga á separarse de ellas? ¡Oh, no! Quiero saber á dónde vas, y no siendo así, no saldrás de casa, á no ser que me maltrates para conseguirlo.

—Laura, te juro que en nada puede ofenderte mi salida; necesito salir á todo trance, pues lo que tengo que hacer no puedo encargarlo á un criado.

—Lo comprendo; vas á ver á una mujer; bien, marcha, pero cuando vuelvas, no estaré aquí yo.

—Laura, por Dios, no sospeches mal, no pienses de esa manera.

—Basta, eres libre, y desde este momento también lo soy yo.

(Se continuará.)

MIGUEL MARTINEZ FRANCO.

DON HILARIÓN ESLAVA

Siendo las biografías de los grandes maestros eficacísimos ejemplos, que persuaden prácticamente á la imitación de sus acciones, nos determinamos á escribir la de Don Hilarión Eslava, excelente maestro y discretísimo compositor, para que al mismo tiempo que de su vida, se tenga noticia de sus obras, aplicación y talento.

De todos los músicos de la época moderna es indudablemente Eslava quien mejor representa y ha dado carácter á la música española.

El genio musical de Eslava, á decir verdad, no ofreció la brillantéz que el de sus grandes maestros italianos y alemanes, pero fué la real y perfecta expansión de su pensamiento, grave y austero que, paso á paso, y siguiendo los impulsos del instante, revestía formas diversas, ora preceptivas, ora literarias y musicales. En el estudio que vamos á hacer veremos esto confirmado al reconocer, como al propio tiempo que compositor, fué Eslava gran crítico y excelente maestro. Aún más, fué comedido y modesto; la elevación del genio artístico no consiguió hacerle salir jamás de la modestísima y estrecha esfera en que se agitaba.

Ni fué egoísta, ni ambicioso; y para reconocer el notable fenómeno del hombre que poseía un talento de primer orden y un saber sólido y científicamente cimentado, que permaneció durante su larga vida en la justa esfera social á pesar de todo, preciso es remontarse al conocimiento de las fuentes de donde deriva tan bello manantial, tratando de hallarlas, al indicar las fuerzas latentes que le indicaron. Por ellas estudiaremos al hombre privado, antes que al maestro y al compositor; y antes que al hombre, el fondo mismo de donde proviene su vida.

La música, á causa de ser más adecuada para la expresión de los sentimientos que el lenguaje mismo, no puede analizarse con toda propiedad sino bajo el punto de vista técnico, sólo interesante para los que la conocen á fondo. Nosotros vamos á ocuparnos de la música del eminente maestro en sentido general, para ser de todos comprendidos; buscaremos el valor de la obra en el mérito del hombre; apreciaremos su florecimiento en los datos exteriores y morales, es decir, según la estructura del terreno en el cual se arraigó la planta y desde donde pudo crecer y desarrollarse.

Estos datos exteriores y morales, por lo mismo que se originan los unos de los otros, ofrécese en tropel ante el espíritu, cuando se trata de un hombre como el eminente maestro de que nos ocupamos.

Únicamente los privilegiados pueden apreciar el verdadero valor del genio; pero la bondad natural, los encantos de un estimable carácter, están al alcance de todo el mundo.

Considerando á Eslava como hombre, debemos decir que fué afable en su trato, firme en la amistad, severo en su porte, austero en su conducta, de ánimo generoso y de inquebrantables convicciones; fué durante su vida el tipo del hombre del saber. Estas delicadezas de carácter explican seguramente su predilección por la música religiosa y el interés que tuvo durante toda su vida en cultivarla con todo el esmero posible para que fuera digna de la época en que vivió.

Expuestas las condiciones más salientes del carácter de Eslava, no parecerá fuera de propósito que demos una idea del artista, del maestro. De rápida inteligencia, clarísimo talento, de instinto músico admirable y con amor al estudio como pocos, dedicó Eslava su vida al cultivo del arte con un amor y un entusiasmo á que no estábamos acostumbrados en nuestra patria, consagrando gran parte de su vida á desenterrar del polvo en que yacían en los archivos de nuestras catedrales los ricos tesoros de música sagrada española, no sólo vindicando, sino poniendo en tan alto como merecido lugar el arte español. Gracias á su diligente laboriosidad y solicitud, á su infatigable celo y á su constancia, unidas al desinteresado amor al arte, logró reunir y publicar en *La Lira Sacro-Hispana* las más preciadas joyas del arte músico español, que estaban desparrramadas en libros de coro ó en papeles de atril separados. Ceballos, Robledo, Rivera, Tomás Luis de Victoria, Cristóbal Morales, Navarro, Suárez, Aguilera, Salazar, Ledesma, Andrevi y otros muchos renombrados y en su mayor parte, entonces, desconocidos autores, hallaron en la mencionada *Lira Sacro-Hispana* cabida, siendo sus obras las más completa enseñanza y el más acabado monumento de la historia de la música sagrada en nuestra patria.

Para completar el retrato del eminente maestro Eslava, que hemos pretendido bosquejar, sólo nos faltan algunos rasgos que den idea acabada de su carácter y su fisonomía artística; veamos cómo se condujo como maestro y cuál fué su importancia como compositor.

Pueden representarse á los artistas músicos como plantas raras, escogidas entre ciento en la vegetación de su país, con objeto de suministrar una idea, embellecida por las restantes plantas que brotan en el suelo natal. Eslava, por la misma razón que comprendía mejor que ninguno otro su profesión, la divina misión del arte, sentía instintivamente desde los comienzos de su carrera artística, la ambición de servir á sus compatriotas, ejerciendo su actividad como maestro. Así es que desde el momento que fué nombrado profesor de composición del Conservatorio, é inspector de sus enseñanzas, marcó una nueva era en la historia de aquel centro de instrucción. La rutina y el empirismo cayeron á merced de saludables y bien meditadas reformas, y hoy los nombres de gran parte de nuestros jóvenes maestros que recibieron lecciones del profundo didáctico español, son honra ilustre de la escuela que los acogió en su seno. A la actividad y reconocido celo del maestro Eslava, debieronse: la

creación de una clase de órgano y cuya enseñanza dió sin remuneración alguna mientras el gobierno acordaba la dotación de la cátedra y la persona que había de desempeñarla, la mejora de la organización de los estudios, bajo las bases que consignó en una bien entendida *Memoria* que escribió al efecto; la nueva manera de ejecutarse los ejercicios mensuales, para que sirvieran de poderoso estímulo á los que se dedicaban á aprender los preceptos del arte musical, y por fin, las reglas fijas, aún hoy en práctica, para que los concursos dieran el apetecido resultado.

Eslava se dedicó con gran perseverancia á combatir las añejas y rancias prácticas de la enseñanza del arte musical. El sistema del temperamento propuesto por nuestro ilustre compatriota Bartolomé de Ramos Pareja en el siglo XV, el uso de la disonancia natural, atribuido á Monteverde á principios del siglo XVII, y otras mil mejoras han sufrido contradicciones y guerras suscitadas y sostenidas por profesores distinguidos, pero víctimas de la preocupación.

No han faltado hombres pensadores y de gran penetración, que han clamado con razón, antes de que se dedicara al magisterio nuestro insigne maestro, contra los vicios de la enseñanza de la composición; pero los profesores, las escuelas y los conservatorios, siguieron aferrados al antiguo sistema sin ceder nada en sus añejos procedimientos. Tartini calificó á la enseñanza de la composición según se practicaba, *L'arte insignificante di combinar i suoni*; Arteaga en su obra *Delle rivoluzioni del teatro musicale*, hizo ver con su preclaro talento los vicios de la enseñanza del contrapunto; Rodríguez de Hita, en su *Diapasón instructivo*, se declaró contrario al sistema que se seguía, haciendo ver las contradicciones de la teoría de las escuelas con la práctica general; Eximeno, en su *Origen de la música*, en medio de los errores que cometió por no conocer bien la práctica del arte, impugnó con razones incontestables la falsedad de muchas reglas del contrapunto, y lo vicioso que era tomar como fundamento el canto llano para los estudios del compositor; pero las escuelas y los maestros desdeñaron las poderosas razones en que se fundaron tan preclaros didácticos. Algunos escritores modernos han hecho también indicaciones parciales desaprobando ciertas prácticas de la enseñanza; pero no habiendo tratado la materia con la gravedad conveniente, nada ó muy poco han conseguido.

Cuando nuestro eminente Eslava publicó la *Escuela de Composición*, había en la enseñanza alguna diferencia de la practicada antiguamente, puesto que se enseñaba la armonía, que en la acepción que se la daba entonces no era conocida; y que el contrapunto y fuga se practica ya en la tonalidad moderna. Ciertamente era que se habían introducido estas mejoras: pero Eslava creía que además de no ser suficientes, no se practicaban del modo conveniente.

Veamos en qué se fundaba Eslava para creer esto. Todas las obras ó piezas de música pertenecen á una de estas tres clases, que són:

1.^a La melodía predominante.

2.^a De imitación.

Y 3.^a De mezcla de la primera y segunda.

Casi todas las obras que en el día se componen y las más verdaderamente bellas que se conocen, corresponden á la primera y tercera clase; pero en las escuelas no se ejercitan los alumnos más que en las que pertenecen á la segunda, que son las que tienen menos uso, porque en general sólo constituyen una belleza convencional. El estudio casi exclusivo que se hacía del género temático ó de imitación, se practicaba de manera que el alumno, además de no ejercitarse en ideas propias, sólo ponía en juego el entendimiento y el frío cálculo, resultando de este procedimiento, entre otros graves inconvenientes, que jóvenes sin inspiración ni sentimiento y á quienes el arte había de declarar algún día incapaces para producir obra alguna bella, hacían una carrera brillante en la escuela, pero luego veían frus-

tradas sus esperanzas, sufriendo amargos desengaños, y siendo tal vez por esto desgraciados durante su vida.

Este procedimiento, en sentir del maestro Eslava, era muy vicioso.

El alumno de composición musical, añade, como todo aquel que se dedica á cualquiera de las otras bellas artes, debe ejercitar, en la serie de estudios y trabajos que haga para llegar á ser buen artista, no sólo su inteligencia, sino también su inspiración, su imaginación, su entusiasmo y su sentimiento. Se muy bien que todos los ramos de bellas artes tienen una parte más ó menos mecánica, pero es necesario tener presente que ella no debe constituir el todo. El que aspira á ser compositor, cantante ó instrumentista, y sólo ha vencido dificultades materiales ó mecánicas de su ramo, no ha andado más que una parte del camino que debe recorrer, si ha de llamarse con razón artista.

Eslava supone que á esto le objetarán algunos diciendo, que la inspiración, la imaginación y el sentimiento son cosas que pertenecen al genio y que éste no le dan las escuelas. Pero á esta objeción opone el eminente maestro el poderoso argumento de que si bien es cierto que el genio lo da Dios, y no las escuelas, á éstas pertenece, como su principal deber, dirigir por la buena y verdadera senda á los jóvenes que hayan recibido ese don divino, y auxiliar su desarrollo del modo mejor posible, y según los verdaderos principios del arte. Las escuelas tienen, según el parecer de tan ilustre preceptista, un deber muy sagrado en desengañar á todo alumno que pasado algún tiempo no dé muestras de estar dotado de cierto grado de genio necesario para poder algún día figurar dignamente en el arte.

El estudio de la armonía, que es el fundamento del arte de la composición, y que se regularizó en el siglo pasado, debió haber ocasionado una reforma en los estudios sucesivos de contrapunto y fuga, enlazándolos debidamente y poniéndolos en la correlación conveniente; pero nada de eso se ha hecho. La armonía se enseñaba por acordes, y el contrapunto, principalmente, por intervalos.

Eslava vino, pues, á poner en práctica teorías completamente nuevas y más en armonía con la cultura é ilustración de la época moderna, oponiendo una juiciosa reforma en la enseñanza de la composición, con objeto de completarla, ordenarla debidamente, y dirigirla hacia el verdadero objeto que debe proponerse el arte musical.

Dividió su *Escuela de composición* en cinco tratados: 1.^o de la Armonía, 2.^o del Contrapunto y Fuga; 3.^o de la Melodía y Discurso musical; 4.^o de la Instrumentación; y 5.^o de los Géneros popular, dramático, religioso y puramente instrumental. A cada uno de estos tratados precede un discurso preliminar en que expone los principales fundamentos en que se apoya, y el plan que adoptó.

La *Escuela de composición* es el fruto de los estudios y práctica de Eslava en su largo ejercicio del profesorado, y cada uno de sus tratados son otros tantos modelos de la sólida y bien cimentada ciencia, y del profundo saber de tan eminente maestro.

Si como sabio y didáctico brilló Eslava á grande altura, no menos fama alcanzó como compositor.

A principios del año 1841 se estrenó en Cádiz una ópera titulada *El Solitario*, puesta en música por un maestro español. La ópera obtuvo una favorable acogida, hasta el punto de que el público madrileño, espoleado por la curiosidad, deseaba que se cantara en Madrid y poder admirar la producción de un compositor que, á más de su juventud, profesaba una carrera que entonces y aun ahora, estiman muchos como refractaria á las condiciones que requiere el arte teatral.

El autor de la música de *El Solitario* vestía los hábitos sacerdotales, y sus brillantes trabajos de oposición habíanle proporcionado un nombre respetable, una real y positiva celebridad.

El 7 de Diciembre del mismo año vieron satisfechas sus aspiraciones los *dilettanti* madrileños, puesto que se ejecutó la citada producción en el Teatro de la Cruz, teniendo por intérpretes á la Perelli y la Serrano, á Unánue, Jeda, Mirall y Reguer, artistas, exceptuando la primera, todos españoles.

El éxito dejó satisfechas las esperanzas de los más exigentes, haciendo justicia á las distinguida, dotes que adornaban á aquel joven maestro, que con igual acierto cultivaba la música severa y majestuosa de la iglesia, que la apasionada de la escena, siendo aclamado don Hilarión Eslava como eminente maestro desde aquel momento.

En el año siguiente, 1842, una nueva ópera, *Las Treguas de Tolemáida*, era recibida con gran aplauso en los teatros de Cádiz y Sevilla, cantándose dos años después en Madrid en el teatro del Circo el 1.º de Agosto de 1844, obteniendo el completo favor del público.

¿Quién era aquel atrevido maestro que, despreciando preocupaciones, parecía huir del estrecho círculo en que las obligaciones del sacerdote han encerrado á tantos otros, y lanzábase atrevido y entusiasta en la candente arena del teatro?

D. José M. Esperanza y Sola nos lo dirá: dice así este insigne crítico en un sentido artículo publicado en *La Ilustración Española y Americana* pocos días después de la muerte de Eslava:

«Terminadas las horas de coro de la catedral en Pamplona, salióse una tarde el Rector del Colegio de Infantes de la misma á dar su cotidiano paseo por las márgenes del río que baña el vecino pueblo de Burlada. Llamóle la atención, desde luego, un grupo de chicos que por allí jugaban y, sobre todo, uno de aspecto varonil é inteligente mirada, con el cual, enseguida, trabó conversación. «¡Qué lástima! dijo el Rector, dirigiéndose á un amigo que le acompañaba: este chico sería un excelente niño de coro; pero ¡si los crían como salvajes! ¡No sabrá leer siquiera!» El muchacho, poco satisfecho que digamos de aquella nada suave calificación, y deseoso de rectificarla, se apresuró á contestarle: «Sí, señor; sé leer y escribir y cantar.» Sonrióse el bueno del Rector, y acto continuo le pidió que cantase algo; á lo cual el chico, sin inmutarse, empezó á entonar una jota con una copla más verde que la alfombra de hierba que pisaban, y que los honestos oídos del capellán no permitieron acabarse; antes bien, interrumpiéndole, le preguntó si quería ser niño de coro de la catedral, pregunta que fué acto continuo contestada afirmativamente con suma alegría por el interpelado. No dijeron otro tanto sus padres, que en él veían el continuador de su modesta cuanta honrada fortuna, y el capellán volvióse á Pamplona, dejando al pobre chico en la mayor aflicción y desconsuelo.

«Poco tiempo después, la falta de niños de coro en la catedral encaminaron de nuevo los pasos de D. Mateo Jiménez (que tal era el nombre del Rector), á Burlada. Fuése á la escuela, donde hizo cantar á los muchachos, y ya, perdida la esperanza de ver realizado el objeto de su viaje, iba á marcharse, cuando se acordó del joven protagonista de la escena junto al río; preguntó al maestro por él, y acto continuo el chico, dando un brinco capaz de dar envidia al mejor gimnasta, se encontraba delante del capellán. Hizole cantar la escala, y el muchacho con tal fervor lo hizo, que, acompañando la acción á la voz, según él mismo nos ha contado, iba subiéndose maquinalmente los pantalones, encontrándose de calzón corto al entonar la última nota ascendente. Quedó decidido su ingreso en el Colegio de Infantes, previo el permiso paterno, conseguido á fuerza de ruegos y súplicas del interesado, que muy luego tenía el gusto de ver al Rector inscribir en el libro de niños de coro el nombre de Miguel Hilarión Eslava y Elizondo, nacido en Burlada el 21 de Octubre de 1807.»

Ocho años contaría cuando ocupó en la catedral de Pamplona su plaza de niño de coro, y en ella permaneció y estudió el solfeo con don

Mateo Jiménez, el piano y órgano bajo la dirección de D. Julián Prieto, humanidades con D. Victor Salinas y el violín, hasta el punto de ser nombrado violín de la catedral en 1824.

De rápida inteligencia, clarísimo talento, de instinto músico admirable y con amor al estudio como pocos, la mayor parte de su tiempo lo absorbían la armonía y composición, en cuyos misterios le iniciaba el mismo Prieto, y él perfeccionaba con estudios particulares, completándolos después con las lecciones que recibiera del maestro de Calahorra, D. Francisco Secanilla, hasta que estalló en España la guerra civil y trajo el horroroso sitio de Pamplona, que le obligó á suspender sus estudios y á abandonar el Colegio de Infantes.

Poco tiempo después de terminado el sitio de Pamplona, Eslava se dedicó al estudio del violín, violoncello y contrabajo, obteniendo una plaza en la catedral, con obligación de tocar dicho instrumento. Preparóse para hacer oposición á la plaza entonces vacante de organista de Falce, y brindado con el de la colegiata de Roncesvalles, el año 1826, el cabildo de la catedral aumentó su asignación, añadiendo á las obligaciones que antes tenía, las de componer algunas piezas de música, tocar el órgano y cantar de contralto ó tenor, según el maestro lo dispusiera.

Gran celebridad alcanzaron sus composiciones, tanto en la catedral, como fuera de ella, por su exquisita perfección y su mucha originalidad. Una de las que más éxito alcanzaron fué un motete de ocho voces para orquesta y órgano obligado, tocado en la octava de la Asunción, que tan suntuosamente se celebra en aquella catedral. El organista de ella, sorprendido de su belleza y no pudiendo imaginar que una obra de tal índole la hubiese producido un joven de su edad, le decía algunas veces jovialmente: «¡Oh! esa no es obra humana, el dedo de Dios ha estado ahí, *digitus Dei est hic*,» chiste que da idea exacta del entusiasmo que en el ánimo de los que eran inteligentes había producido.

En esta época Eslava contaba á lo sumo veinte años de edad.

En 1824 vacó la maestría de capilla del Burgo de Osma, y Eslava la obtuvo, previa oposición, aprovechando su residencia en aquel punto para cursar la filosofía y ordenarse de diácono. Poco tiempo después, el cabildo sevillano anunciaba la vacante del maestro de su capilla música, y Eslava acudió á la oposición. Sus ejercicios merecieron aplauso unánime; pero ni éste, de que es buena prueba, á más del dicho de los contemporáneos, una décima que en aquellos días corrió profusamente por Sevilla, atribuida al gran poeta D. Juan Nicasio Gallego, ni el dictámen del jurado, que dió el primer lugar al maestro D. Hilarión Eslava, valieron ante las influencias de que se vió asediado el cabildo, y nuestro insigne maestro hubo de contentarse tan sólo con la victoria moral sobre sus competidores. Idénticas circunstancias concurren poco tiempo después en la oposición al magisterio de la Real Capilla; pero habiéndose provisto éste en el maestro sevillano, aquel cabildo tuvo el buen acuerdo de llamar á Eslava á ocupar la vacante, enmendando así su pasado yerro.

Allí se trasladó nuestro maestro en 1832, recibiendo á poco las órdenes sagradas del presbiterado.

Desde aquel momento, habiendo fijado su residencia en Sevilla, dió una extensión más lata á su fecunda fantasía, desplegando con valentía los recursos de que era capaz su genio creador, su imaginación se robusteció con imágenes más grandiosas, redoblando considerablemente su constancia y firmeza en el trabajo. Contribuyeron á abrir ancho cauce á su poderoso genio é imprimir una nueva y duradera fase en las obras que salieron de la pluma de Eslava el estudio profundo y concienzudo de las obras de los grandes maestros de los siglos VI y VII que guarda aquel riquísimo archivo, el imponente espectáculo de la catedral sevillana y el ostentoso y severo aparato con que allí se celebraban los misterios de nuestra religión.

De esta manera llegó Eslava á realizar la unión de la severidad y la corrección de la frase armónica con el encanto de la melodía, dando verdad, expresión y colorido á cuanta música escribía, sin perder el clasicismo de la forma. En aquella época compuso sus famosos *miseres*, las misas con pequeña orquesta y órgano, aprovechando con habilidad los recursos de los dos magníficos que encierra aquella catedral, y los *bailetes de los Seises*, obras todas que le colocaron al lado de Guerrero, Morales y tantos otros hombres ilustres en la historia del arte músico.

Hé aquí cómo relata el Sr. Esperanza y Sola los motivos que impulsaron á Eslava á dedicarse á escribir música para la escena:

«Corría tranquilamente la vida de Eslava, entregado por completo al estudio y á la enseñanza gratuita de la música, en la que preparaba los elementos del *método de solfeo* que más tarde publicó con general aplauso, cuando nuestras revueltas políticas vinieron á turbarla. Privado de sus rentas el cabildo, nuestro maestro vió reducida su prebenda á la exígua cantidad de 400 ducados: forzoso era tomar un partido, y Eslava no vaciló; sentía dentro de sí el fuego de la inspiración y se lanzó al género dramático, buscando poemas para sus óperas que no desdijeran del sagrado carácter de que estaba revestido. Las *Treguas de Tolemáida*, *El Solitario* y *Don Pedro el Cruel*, estrenadas en 1814 en el teatro Principal de Cádiz con grande éxito, corrieron bien pronto los teatros de la Península, no sin que su autor cosechase, al par que aplauso y fama, disgustos y sinsabores sin cuento, nacidos de un lado por los escrúpulos del cabildo sevillano, que con nimio criterio, veía con mala cara el camino que su maestro de capilla había emprendido, llevado por aquella «aventurosa necesidad, que es madre de la virtud, y el mejor estímulo de los grandes talentos»; y del otro, por las cábalas é intrigas de bastidores, y la actitud marcadamente hostil con que le recibieron gran parte de los que cultivaban el divino arte en la corte. Afortunadamente para los primeros, contaba el mismo cabildo con un amigo cariñoso (ligado con estrechos vínculos de parentesco con el que esto escribe), de tan sólida como bien entendida virtud, que le defendía ante sus compañeros y le animaba á seguir en su empresa; y para los segundos, bastábale su carácter vigoroso y resuelto, y el ánimo firme que da una conciencia honrada y el convecimiento, no la vanidad del propio valer.»

Por fallecimiento de Ledesma, vacó de nuevo la plaza de maestro de la Real Capilla, presentándose á las oposiciones el Sr. Sigüenza, Sr. Aspa y el del magisterio de la catedral de Sevilla, D. Hilarión Eslava, á quien se confirió el puesto por votación unánime del jurado, tanto por la brillantez de sus ejercicios como por el mérito de los que practicó en 1830.

Réstanos examinar ahora al maestro Eslava como compositor, y decidir qué sitio le conviene ocupar entre los maestros que le precedieron y los que le siguen.

Difícil y ardua es la cuestión, pues se trata de un maestro de los que pusieron el arte músico en España al nivel del de las naciones en que con más predilección le han cultivado. Lo que resulta evidente es que es muy clásico, muy correcto en la forma y muy independiente en el fondo.

Cuando Eslava, después del estreno de *El Solitario*, empezó á figurar en el número de los compositores que honran á España, empezaron á escribir música teatral varios jóvenes, al parecer de grandes esperanzas, que sólo debían justificar los futuros autores de *Marina* y *Jugar con fuego*.

Al surgir la personalidad de Eslava en 1841 con su ópera citada, sin ser anunciada por tentativas anteriores, los artistas y el público comprendieron que podían contar desde aquel momento con un maestro de reconocido talento. Pero Eslava, después de haber escrito las *Treguas de Tolemáida* y *Don Pedro el Cruel*, abandonó la música profana para dedicarse á la religiosa, y más tarde á difundir la enseñanza

del arte musical en que había de cimentar su reputación y gloria.

Una aguda pulmonía que le acometió en 1871, dejóle por herencia la lenta enfermedad que le llevó al sepulcro, no bastando á contenerla ni los recursos de la ciencia, ni un viaje que emprendió á Sevilla, proporcionándole una serie de disgustos y sinsabores, triste privilegio del genio y del saber, no pudiendo proseguir, á causa de la debilidad que se apoderó de su naturaleza, sus trabajos artísticos, siendo insuficiente para vencerla su voluntad de hierro. El indescriptible dolor que se operó en su alma, tan extremadamente sensible, destruyó su salud, hasta el punto que el 23 de Julio de 1878 sucumbió en Madrid á los 71 años de edad, llorado amargamente por sus numerosísimos amigos y admiradores.

Cruel fué la pérdida que experimentó el arte con la muerte del eminente maestro D. Hilarión Eslava y Elizondo. Su muerte afligió no solamente á los que en nuestra patria cultivan y aman el arte, sino á Europa entera, pues sus obras didácticas sirven de texto en los Conservatorios de algunas naciones extranjeras.

Dejó por escribir una *Historia del canto llano* que tenía en planta, y por terminar varias obras comenzadas.

Era afable en su trato, firme en su amistad y austero en su conducta; con sus discípulos era severo, pero siempre decidor y ocurrente, manejando con tan sin igual destreza el chiste, que los que tenían la dicha de conversar con él, se les pasaba el tiempo con una celeridad increíble.

Murió sin haber podido conseguir el planteamiento de la ópera española, que fué la ilusión del gran maestro en sus últimos años; y dejando publicadas, entre otras, que en este momento no recordamos, un *Método de Solfeo*, con acompañamiento y sin él, los cinco tratados de su *Escuela de la composición*, *Te, Deum*, *Misa de Cuaresma*, *Oficio de difuntos*, *Tres motetes*, números 1, 2 y 3, y otros tres, números 4, 5 y 6, *Misa de difuntos*, *Salve en re*, *Stabat Mater*, *Secuencia de Resurrección*, *Secuencia de Pentecostés*, *Secuencia del Corpus*, *Misa breve*, *Responso Libera me*, *Salve en mi*, *moleté Tu es Petrus*, *El Penitente*, plegaria, *Christus factus*, *Misa en la*, *Letanía en mi*, *Cántiga 10 de Alfonso el Sabio*, y otra 14 y *Paráfrasis de Job*.

Además sus tres obras dramáticas. *El Solitario*, *las Tregus de Tolemáida* y *Don Pedro el Cruel*; pero como se ve, dió desde luego más preferencia á la música religiosa.

Prolijo sería continuar enumerando los rasgos característicos de una figura que por su constante nobleza, por su invariable serenidad, lleva el sello distintivo de la superior hidalguía. Superior, sí, fué su alma, pues á través de las sacudidas del tiempo, mezclado en las crisis de su época y de su arte, supo vivir, no obstante, con la imperturbable calma del que ha logrado ver lo bello, que ya es difícil se separe de tan sublime contemplación.

El respeto y el amor á su arte son rasgos característicos que hacen que la figura del inmortal Eslava ocupe un sitio aparte entre los músicos modernos.

La gloria con que este grande hombre recorrió el camino del arte, merece sin duda un elogio más perfecto y acabado que el que nosotros hemos hecho; mas por ahora sólo podemos satisfacer á los inteligentes con este incorrecto diseño: tal vez otra pluma más autorizada que la nuestra pueda con el tiempo ofrecernos retrato más vivo de las dotes del que con su poderoso talento hizo conocer á las naciones extranjeras que el sentimiento por el arte músico no se había apagado aun en la patria de Salinas, de Morales y de Victoria.

CÁRLOS GUAZA Y GÓMEZ-TALAVERA.

LA HIJA DEL DUX

Tradición veneciana.

Antes de comenzar, cúpleme dejar sentado, lectora bellísima, el elevado concepto que

tengo de las relevantes cualidades que en usted brillan.

Esta afirmación mía obedece al deseo de alejar del ánimo de usted la suposición de que yo pueda crearla comprendida en la moraleja de esta fábula y el pensamiento de que pretenda echármelas de pedagogo.

Nada más lejos de mi propósito.

Ni yo he nacido para moralista ni usted necesita lecciones de moral. En este cuentecito encontrará usted retratadas á las vecinas del segundo, que han rebasado los treinta sin encontrar marido por presumidas y ambiciosas; á la de Pérez, que á los veintiocho años de edad tiene relaciones con un sargento de administración militar, después de haber desdeñado á los diez y ocho á un bizarro coronel de caballería, y á la de García, que ve hoy banquero y propietario á aquel chico del comercio á quien rechazó porque tenía sabañones, y llora á aquel periodista tan distinguido que después fué director general y ahora es hombre público importante, y ha tenido que aferrarse á un oficial de notaría por no quedarse para vestir imágenes.

Y estableciendo comparaciones, se felicitará usted una y mil veces de no haber abierto al orgullo las puertas de su alma, y de haber depositado su cariño en un hombre de bien, sin parar mientes en la posición social del elegido de su corazón, ni dejarse arrastrar por ese eclecticismo social, que consiste en subordinar las afecciones del espíritu á móviles de conveniencia sordida, y en sacrificar el purísimo sentimiento del amor en las aras del becerro de oro.

Dicen por ahí las mujeres que los hombres no buscan hoy para colocarse más que todas las apetecibles garantías de bienestar material.

Y los hombres dicen a *peu pres* lo mismo que las mujeres.

Hay que convenir en que, con efecto, se ha acentuado bastante la tendencia utilitaria en estos novísimos tiempos.

No entraré en averiguaciones cuanto á las causas determinantes de este fenómeno.

Me llevaría muy lejos.

Y además, á nadie se oculta que han variado mucho las condiciones de la vida.

Pero en Dios y en mi ánima creo, que ellas y ellos exageran las proporciones del mal.

Los Juvenales han contribuido no poco con su escéptico pesimismo, á extraviar la opinión.

Guarda, niño, tus flechas en la aljaba,

Tu imperio ya se acaba,

Pues, ¿y los corazones?

¿Cómo han de conquistarse? Con doblones.

Ha dicho uno.

Y ha dicho otro:

El amor y el interés

Salieron al campo un día,

El interés pudo más

Que el amor que te tenía.

Cierto es que hay muchos casos en que puede más el interés que el amor que se tienen dos seres llamados á unir sus destinos.

Pero no constituyen, por fortuna, la mayoría.

Aún hay fe en Israel.

Aún no ha desaparecido de la faz de la tierra la raza de mujeres y hombres de buena voluntad.

Aún no pasan de casos de excepción los llamados matrimonios de conveniencia, y por consiguiente, confirman la regla general; es decir, el predominio del espiritualismo sobre el positivismo grosero.

Es decir, así lo creo yo.

Y hasta tal punto estoy encariñado con esta creencia, que si no se ajustase á la realidad, si fuese una ilusión, sentiría verla desvanecida.

¡Es tan consoladora!

Por supuesto, que en esto del positivismo sucede, en mi humilde sentir, lo que en la apreciación de los demás vicios sociales.

En todos los tiempos, los pensadores han creído que era su época en la que más desarrollo había adquirido el mal.

Y de este vicio adolecen nuestros coetáneos, que se dedican al estudio de las tendencias de la humanidad y á la observación de los grados que marca el barómetro de la moralidad pública.

Pero ni los de antaño ni los de ogaño han logrado demostrar por manera concluyente la diferencia en más que adjudican á la sociedad su contemporánea sobre las anteriores sociedades.

Lo que desde luego resulta evidente es que la escuela positivista es muy humana, y como tal, ha tenido adeptos en todas las épocas de la historia.

La aplicación viciosa del principio de derecho natural que aconseja al hombre el mejoramiento de las condiciones de su existencia, la exageración de la teoría de la caridad bien ordenada, el exceso del amor propio, han determinado el fenómeno psíquico morboso que examinamos.

Como usted vé, amiga discretísima, con sólo la enunciación de este problema, con sólo el señalamiento de los múltiples puntos de vista que ofrece, nada más que un índice de los capítulos necesarios para el racional desenvolvimiento de materia tan vasta y á la vez tan compleja, habría para hacer un *infolio* voluminoso.

Pero, aparte la enojosa inoportunidad de engolfarnos ahora en disquisiciones filosóficas; aparte lo ofensivo que para los ojos de almas delicadas como la de usted, debe de ser la exhibición de una llaga social, aparte así bien, que ni mi pequeñez ni mis afecciones me permiten entrar en el fondo de tan intrincada cuestión, observo ahora que me he dejado llevar demasiado lejos por el placer de departir con usted, olvidando que si es cosa pesada y descortés abusar de la paciencia de un individuo del sexo feo, es un crimen de lesa corrección el poner á prueba la de una bella y distinguida dama como usted, con la circunstancia agravante de haber olvidado la solemne promesa que hice al principio de no entrar en averiguaciones, digámoslo así, técnicas, cuanto al génesis, gestación, nacimiento y vida de la escuela positivista.

Mas sé yo que es inagotable la bondad de usted, y me perdonara esta demasia; y para hacerme digno de su indulgencia, abandono desde luego el terreno disquisitivo para entrar en el legendario.

No expresa la leyenda quién fuera el Dux, padre de la heroína de esta relación, sólo dice que quedó huérfana de madre en sus más tiernos años y que una hada se encargó de sustituir al padre constantemente entregado al estudio y resolución de áridos problemas de Estado en la educación de la *baubinetta*, un ángel rubio, como las vírgenes del Peruggino, sobre cuyas sienes caían rizadas y abundosas guedejas del color de la mies madura, y en cuyo rostro de querubín brillaban dos ojos azules como el cielo que se retrata en las sosegadas olas de las lagunas de Venecia.

Cuando el viejo Dux.....

Y digo viejo, no porque lo sepa á ciencia cierta, sino porque apelando á mi almacén, creo recordar que la aristocrática República veneciana solía elegir entre los más ancianos de sus patricios, al que había de guardar el depósito de sus libertades, con el concurso del consejo de los Diez para el examen de las cuestiones de alta política y al del buzón de San Marcos y las mazmorras de Los Plomos para las de procedimiento.

La edad proveya ofrece, seguramente, mayores garantías de reposo y seriedad en el juicio que la juvenil, fácil al arrebato y á los entusiasmos irreflexivos; y los venecianos, penetrados de lo delicado de su situación sobre base tan poco sólida y tan movidiza como las aguas del Adriático, buscaban la ponderación compensativa de esta fragilidad constitucional, en el peso que los años debían dar al criterio del magistrado encargado de interpretar el pensamiento político y traducir en hechos, prácticamente tendentes á la conservación del Estado, las teorías económico-jurídico-sociales

sobre que se asentaba el poder de aquella república de gloriosa memoria, que si dió al mundo un Marino Faliero, cuya *bonhomie* privada ha puesto de relieve Hoffman con las filigranas de su ingenio peregrino en un cuento precioso, dió también un Dominico Michel que tan directo, sabio y valeroso papel jugó en las cruzadas.

Es decir en puridad, que la existencia del Estado Véneto fundábase en la aplicación de la teoría cósmica que en sus *Metamorfosis* había expuesto Ovidio, y perdónese me lo pedantesco de este rebuscado rasgo de erudición.

*Frigida pugnabant callidis, humentia siccis
.....sine pondere, habentia pondus.*

Pero aun prescindiendo de las apuntadas consideraciones histórico-políticas, la frase «el viejo Dux» ostenta dentro de su irreprochable purismo, cierto color galicista que hace el pié muy chico y viste muy bien á los ojos de los aficionados al convencimiento literario, tan en moda hoy, siquiera no deje muy horro y bien librado el presente y futuro esplendor y la indiscutible riqueza del castellano idioma, único miembro no corroído todavía por la clorosis que se ha apoderado de nuestra economía en todos los demás órdenes y en todas las demás esferas de la actividad hispana.

Pues bien; cuando el viejo Dux podía encerrar en un breve paréntesis los asuntos públicos para consagrar no largos instantes á la satisfacción de los purísimos intereses del espíritu, gozábese en la contemplación de la belleza de aquel ser querido, trasunto fiel y copia exacta de los encantos de la malograda mujer amada, que le arrebatara incompasivo el Destino, que, por incomprensible sarcasmo, complácese á las veces en segar en flor las existencias jóvenes y vigorosas, y deja apurar los últimos y casi siempre estériles é insipidos sorbos de la copa de la vida, á los seres más racional y directa y lógicamente llamados á dejarse sustituir en la mesa del banquete humano.

No hay para qué decir si el hada usaría de todo el poder que el hado ha concedido á los seres sobrenaturales, para alejar del ser encomendado á su vigilante solicitud, todas las contrariedades peculiares á la humana vida y facilitarle los medios de satisfacer los caprichos peculiares á la niñez, inconscia de la ciencia del bien y del mal é incapaz de comprender las múltiples leyes que regulan las relaciones entre los individuos que consituyen una sociedad.

Pero del exceso del bien surgió el mal, como á veces, del exceso del mal surge el bien.

Esta aserción parece, á primera vista, una paradoja, lo cual no obsta para que, detenidamente examinada, resulte una verdad que raya en lo axiomático.

La generosidad es una virtud, y, sin embargo, practicada con exageración conviértese en defecto, y toma el nombre de prodigalidad.

Otra virtud es la economía, y ejercida con exceso tórnase en avaricia, uno de los pecados capitales.

Lo cual, al paso que prueba que son viciosos los extremos, y que en justo medio consiste la virtud, conspira á la demostración de la tesis, que va implícita en nuestra afirmación. El cariño ciego é idolátrico del Dux, y el celo del hada por hacer llano á su protegida el camino á través de la tierra, contribuyeron á que ésta se formase un concepto equivocado de la vida.

La niña dió cabida en su alma al orgullo. Llegó un día en que el espejo la reveló el poder de su belleza, y la admiración que al contemplarla se retrataba en todos los semblantes, confirmó la revelación del espejo.

Otro día se preguntó la razón de la respetuosa distancia, á que los grandes y los pequeños de la república se colocaban de su persona, la causa de la humildad con que se la dirigía la palabra, y del exquisito cuidado que ponían todos en su *tenue*, y en toda su producción exterior cuando llegaban á su presencia, y com-

prendió que se encontraba colocada en la más alta posición del Estado.

Y el conocimiento de ambas prerrogativas la hizo concebir idea errónea de su valer.

Eso sí, hay que convenir en que si tuviera justificación la soberbia, sobran á nuestra heroína motivos para enorgullecerse.

¡Qué hermosa era! Todos los encantos que pudiera soñar la imaginación más rica, tenían su representación plástica en aquel cuerpo, personificación del ideal de la belleza, en que resplandecía la armonía de detalles, conspirando á la perfección del conjunto, cual nunca pudo concebir la inspiración artística de Fidias y Praxiteles, y todos los príncipes de la estatuaría griega.

Los más distinguidos jóvenes de la nobleza veneciana acariciaban secretas aspiraciones á la posesión de aquel prodigio de hermosura.

Y aún hubo alguno, que creyéndose adornado de títulos bastantes para poder esperar la realización de ensueño tan lisonjero, atrevióse á exponer los preliminares de su pretensión; mas tuvo que retirarse sin acabar de dar forma á su pensamiento ante el gesto de supremo desdén, y la mirada, mezcla de indignación y de sorpresa, que le dirigió la hija del Dux.

Algunos años trascurrieron, al cabo de los cuales, había alcanzado la plenitud de su desarrollo y ascendido á la más alta expresión de lo escultural, aquella estatua humana.

Y el hada creyó llegado el momento de que su protegida diese, al par que cumplimiento á la ley de la reproducción, satisfacción á lo que en nuestros tiempos ha llamado Shopenhauer *el hambre de la especie*.

Poco después presentábase, de luengas tierras venido, magnífico señor al frente de lucida cabalgata.

A juzgar por el ejército de pajes que tenía dedicados al servicio de su persona, por la legión de caballeros que formaban su comitiva, y en fin, por la riqueza y fausto que desplegaba debía de ser poderosísimo.

Y lo era con efecto.

Nacido muy cerca de un trono, había llegado, por sus grandes dotes de guerrero, á ejercer decisiva influencia en la vida de su país. El soberano había premiado sus hechos militares con regia largueza, y era prolijo de contar el número de villas, lugares y castillos que le reconocían como dueño.

Y atraído por la fama de la casi sobrenatural belleza de la hija del Dux, venía ganoso de ofrecerla con su mano la brillante posición de que gozaba.

La república de San Marcos celebró grandes festejos en honor de aquel magnate, cuya voluntad tan grande ponderación ejercía en la balanza política de una nación amiga.

Y con tal motivo, tuvo el candidato ocasión de confirmar el predicamento de hermosura que el testimonio universal de las gentes atribuía á aquel ser privilegiado.

La realidad superaba á la fama.

No hay para qué decir que el guerrero formó empeño decidido en no dejarse arrebatarse la posesión de tan peregrinos encantos.

Mas no contó con que si éstas rayaban en lo sobrehumano, la soberbia de la poseedora trasponía también los límites, que en la mente del hombre ha puesto Dios á la ambición.

Tanta grandeza no llegó á dar satisfacción á las aspiraciones de nuestra heroína.

Y el poderoso señor abandonó la ciudad de las lagunas con el desencanto en el alma.

Era la primera empresa en que no había respondido el éxito á sus esfuerzos y esperanzas.

Algún tiempo después llamaba la atención de las venecianas y provocaba la envidia de los venecianos un gentil y apuesto mancebo que unía á la más esquisita distinción, en su porte y maneras, la corrección más asombrosa en las líneas que determinan la perfección estética en lo corporal.

Era París, el bello París, cantado por Homero, que había vuelto á tomar encarnación humana.

Valiente hasta la temeridad, hasta la prodigalidad generoso, amoroso y humilde con las

mujeres, altivo sin altanería con los hombres, leal en sus amistades, discreto en sus éxitos, hábil é infatigable travador, que pulsaba el laud como Apolo la lira, y, al son de sus acordes, entonaba himnos al amor y á la fortuna con acento arrebatador y voz que parecía robada á los coros celestiales.

Es decir, física y moralmente, hermosísimo, pero sin afeminación; era el modelo incomparable, típico, de la belleza viril.

Y puso sus ojos en la hija del primer magistrado de Venecia, y durante algún tiempo para ella sola sonaron los armoniosos ecos del laud y los acentos de la melodiosa voz del gallardo jóven vibraron en el espacio.

Y en el espacio se perdieron.

Una mañana los gondoleros vieron flotar sobre las aguas del canal, el cuerpo inerte del desventurado mozo.

A tan triste extremo tragáranle los desdenes de la orgullosa bella, que tampoco había encontrado dignas de reciprocidad la amorosa solicitud y de consideración las incomparables prendas físicas y morales de su segundo pretendiente.

El hada entonces, echóse á discurrir por esos mundos de Dios en busca de un ser que pudiera satisfacer cumplidamente las inverosímiles pretensiones y vencer el inmensurable amor propio de su protegida.

Y creyendo que tal vez obedeciera la conducta de ésta á un sentimiento loable de desprecio hacia lo deleznable y caduco como el poder y la hermosura, presentóle un hombre cuya nombradía era universal por su talento y su saber. En su frente resplandecía el genio, no había ciencia ni arte que le fueran extraños, y ni el cielo y la tierra tenían secretos para el poder inquisitivo de su entendimiento, ni la naturaleza obstáculos bastantes á dominar su firme voluntad.

La presentación no dió resultados. La candidatura del sabio obtuvo el mismo éxito que las anteriores.

Y pasaron los años, y el Dux pasó también á mejor vida. El tiempo fue marcando imperceptiblemente primero, ostensiblemente después, las señales de su acción implacablemente destructora sobre aquel cuerpo, artístico sepulcro de un espíritu muerto.

Un día hallábase la hija del Dux en su tocador, entregada á la laboriosa operación de la *toilette*, y la doncella encargada del arreglo de su abundosa cabellera, señaló la presencia de una cana en el momento en que, previamente anunciado, penetraba en la estancia el cuarto pretendiente.

Era éste contrahecho, y rostrituerto, y, por otra parte, la dificultad que en sus movimientos se observaba, y la fatiga que se advertía en su semblante, acusaban la presencia de la gota, credencial inconcusa de vejez.

Esto, no obstante, mereció la más expresiva de las sonrisas.

Mas el valetudinario visitante no pareció haberse fijado en tan interesante detalle, y se expresó en estos términos: «Señora: yo venía decidido á ofrecerles con mi mano la modestia de mi posición. Pero al entrar aquí, se ha desvanecido mi resolución ante la prueba de que la nieve comienza á blanquear vuestros cabellos. Y para nieve, bastante tengo yo en la cabeza y en el corazón. Yo busco el calor de la juventud para ahuyentar el frío de mi vejez. No me podéis dar ya lo que necesito. Quedad con Dios.»

La doncella pagó con la vida la inoportunidad de su revelación.

A partir de aquel día, convirtiéndose en humildad la antigua altivez, y no hubo recurso á que no apelara aquella mujer para atraerse la atención de los hombres.

Empeño inútil.

Algún día se aproximó, guiado de móviles bastardos y ganoso de aprovechar momentáneamente el ya escaso calor de los rayos de aquel sol que hundía en el acaso.

Pero nada más.

Hasta que una noche, mientras la desdichada se retorcia en su lecho á impulsos de un violento ataque de histerismo, penetró en su

alcoba sin hacerse anunciar, cubierto de negro ropaje, un caballero, en cuya anguloso fisonomía se dibujaba sardónica sonrisa, y un resplandor fosfórico en las cavidades que ostentaba por ojos, y cuyas articulaciones producían al andar siniestro crujido.

Y posando, sin respeto alguno á las sociales conveniencias, sobre la calenturienta frente de la hija del Dux, una mano fría como el mármol, y asiéndola después fuertemente con sus brazos descarnados, y uniendo á la boca de la enferma abrasada por la fiebre la suya desprovista de labios y fría como el hielo, selló con un beso horrible é interminable, eterno é indisoluble connubio.

Al día siguiente doblaban á muerto las campanas, y el hada llorosa, depositaba virginal corona de azahar sobre una tumba solitaria.

MELCHOR CANTÍN.

AMOR CONTRARIADO

Va á hablar el protagonista de esta historia á quien previamente tendré el gusto de presentar á mis lectores.

Se llama Sánchez; su figura no hace al caso; nos contentaremos con apuntar que es el tal más feo que guapo, y en cuanto á fortuna, no pasan sus rentas de las de un modesto auxiliar de ministerio.

Es sencillo, todo lo más que en estos tiempos se usa, y está dotado de un excelente corazón.

Sólo un detalle que se separa de lo común hay en su existencia; tiene cuarenta años, y desde la tierna edad de quince, en que quedó huérfano y sólo en el mundo, hasta los treinta y cinco en que casó, vivió á pupilo en esta corte.

Esta circunstancia, al par que demuestra sus admirables fuerzas digestivas, le permite conocer multitud de lances curiosos que refiere, dicho sea en justicia, agradablemente y con cierta novedad.

Oigámosle:

I.

Mal hallado vivía en una mezquina y barata casa de huéspedes de esta corte, en los tiempos de mi soltería, cuando una amiga oficiosa y entrometida me recomendó á una familia particular, después de hacerme la siguiente reflexión:

—Allí, en casa de doña Juana, estará V. como el pez en el agua. Su hija Rita casará un día de estos con un primo paterno, condestable de la armada, á quien está prometida hace lo menos diez años... Sólo han esperado su ascenso á primero. En la casa no hay ahora más huésped que Federico, un pintor... de cuadros, por supuesto, muchacho muy simpático... Doña Juana tiene su viudedad y alguna cosilla de lo que su difunto trajeo de América... Ella es muy hacendosa, muy económica...

—Económica, señora, me atreví á interrumpirle.

—Pero sin mezquindad. Allí no ha de faltarle á V. nada. Casi puede decirse que acepta huéspedes por no vivir sola.

En suma; la casa de doña Juana era un edén, y yo hubiera sido un topo de primera magnitud, despreciando ocasión como aquella para vivir tranquilo, bien comido y bien cosido.

Hago gracia al lector del resto del panegírico de mi amiga.

Aunque no creí ni la mitad, reflexionando que no podía irme en casa de doña Juana, peor que en la que estaba, me decidí, y al día siguiente, martes, por más señas, cerré el trato, y me instalé en un cuarto modesto y microscópico, aunque limpio, donde dormí aquella noche.

Dormí, mal dije, hice esfuerzos por dormir, pues dotado de un temperamento excesivamente nervioso, no hay cosa que me desvele como el cambio de lecho.

Ni tampoco hay cosa que me hastíe y aburra como el desvelo.

Durante la primera hora de insomnio pensé, ¡cosa más natural! en las probabilidades de un ascenso, que desde entonces ¡ay! hasta el día de hoy, en vano espero.

Luego, en cierta morenita muy graciosa que había conocido dos noches antes en la tertulia modesta que frecuentaba.

Habíamos pasado el rato en juegos inocentes, y sentenciada ella á decir á cada uno: *soy, tengo y*

quiero, había yo encontrado una oportunidad para decirle:

—¡Es V. monísima!

—¡Tiene V... mucha gracia!

—¡Quiere V...! ¡ay! ¡Ojalá fuera á mí!

Con lo que hubo su poco de zumba por parte de los tertulianos, y ella me había mirado tan dulcemente...

Y después, mientras un poeta muy malo había leído una oda muy larga que nadie escuchó, habíamos cambiado mil miradas expresivas, picarescas... ¡quién soy!

Aquella muchacha podía convenirme, pero el ascenso tardaba tanto...

¿Y quién se casa con seis mil reales y descuento?

Pero estos pensamientos y fantasías sólo engolfan y entretienen una hora.

Durante la segunda hora empece á darme al demonio.

—Y yo qué sabía esto, ¿quién diablos me habrá mandado mudarme, cuando es sabido que por dos pesetas en todas partes se está peor?

Y vuelta á un lado y vuelta á otro, nada.

Me puse á contar, recurso que me había valido en otras ocasiones; llegué al mil quinientos y pico... ¡que si quieres!

Tentado estuve á alborotar la casa fingiendo sonambulismo para ver si me distraía, pero tuve reparos.

Entonces un reloj de cuco que había en el comedor, próximo á mi estancia, anunció las tres.

Momentos después, un ligero murmullo como de voces, procedente de un cuarto contiguo, turbó el silencio de la hora.

Protecto á fe de modesto empleado que en cualquiera otra circunstancia no hubiera ejercitado una punible curiosidad prestando indiscreta atención, pero en el momento aquel, todo lo que pudiera distraerme, parecióme aceptable.

Arrimé oído á la pared, y percibí un timbre de voz femenina, juvenil, y sobremanera doliente, que decía:

—No, mamá, imposible, jamás me decidiré.

Era la chica.

—Tonta, tonta y mil veces tonta; haz lo que te dice tu madre; yo tengo ya experiencias de esas cosas; mientras no te decidas de una vez vivirás padeciendo.

—No, mamá, no puede ser.

Y un llanto amarguísimo y comprimidos gritos de dolor ahogaron su voz.

¡Pobre muchacha! En vísperas de casarse y llorar de aquella manera.

Era muy extraño.

Seguí murmullo más confuso que no entendí. Luego percibí claramente estas palabras de la madre:

—Vamos, sosiégate, y á ver si descansas. ¿Qué dirá mañana Pepe, en el día de vuestra última amonestación, si te ve llorosa y triste? Creerá que no lo quieres.

Y siguió ininteligible el cuchicheo.

—No, mamá, no puedo, no puedo decidirme; escuché por último, y poco después se percibía la respiración igual y monótona de la madre, y los sollozos apagados de la hija.

Había historia, á mí al menos me pareció indudable, y probablemente historia de amor contrariado.

Porque, era claro, la madre, inspirada por el demonio de la ambición, se obstinaba en unirle con el primo condestable ¡ya se ve! ¡un condestable!... y ella ¡pobrecilla! tal vez amaba á otro ¡quién sabe! quizá al Federico aquel, pintor de cuadros por supuesto, que también vivía en la casa.

El trato continuo, las simpatías del muchacho... Yo, mujer é hija de patrona, me hubiera enamorado de Federico, pero Federico era artista, y pobre por ende, así que la madre prefería al primo.

¡Madre desnaturalizada, madre egoísta!

Entonces, la luz del día se empezaba á divisar á través de los cristales y decidí lanzarme á la calle.

II.

Y piensa que piensa, no volví hasta la hora del almuerzo.

No almorcé mal, no, ni se hallaba completamente descuidada la alimentación en aquella casa, como ordinariamente sucede en las de tal jaez.

Había sus defectillos, pero los manteles estaban limpios, las copas transparentes, el pan, sin ser de primera calidad, no era de la inferior; economía

eso sí; pero la sobriedad ¿no es por ventura una virtud?

En suma; por dos pesetas, no podía realmente pedirse más.

Triste y pálida se hallaba, tal vez arreglando su equipo nupcial, á la luz que por una ventana al patio recibía el comedor la melancólica prometida del condestable.

Ojerosa, como de no haber dormido, sencillísima en su atavío, y con un pañuelo negro que le cubría la cabeza, y llevaba atado bajo la barbilla á guisa de barbuquejo. Era una chica muy linda, blanca, rubia, ojos azules, algo delgada y con unas cuantas pecas de viruela en la nariz.

Un defecto tenía, de que me hice cargo no obstante el cuidado que ponía en ocultarlo, y era una megilla más abultada que la otra.

A la mesa estaba ya sentado Federico, no menos pálido y meditabundo que la chica.

Era un muchacho simpático, y con esto me ahorraré el describirle más minuciosamente.

Me saludaron con cortesía, procurando en vano disimular la tristeza que embargaba sus espíritus.

¡Pobres muchachos, víctimas de una viciosa organización social!

¡Cuántos dramas ignorados se desenvuelven en la vida real, hasta en el oscuro domicilio de una familia que admite huéspedes modestos!

Doña Juana entraba y salía sirviendo platos como si nada ocurriera. ¡La manguada!

Rita suspiraba, Federico repetía el suspiro, la madre miraba con severidad á la hija, y yo comía, comía con un apetito envidiable, única riqueza que heredé de mis mayores.

De pronto se oyó el repiqueteo de la campanilla, doña Juana fué á abrir, y compareció momentos después diciendo á Rita:

—Ahí está Pepe, vamos.

Y se fueron.

(Se continuará.)

REVISTA DE MADRID

Nos hallamos en pleno período de ferias.

Pero no está demás advertir, que las ferias de Madrid son una de tantas cosas que han perdido su razón de ser, y por tanto desaparecen. Aquí, donde hay una exposición permanente de cuantos objetos reclama la necesidad ó el capricho, el exhibirlos durante los últimos días de Setiembre y primeros de Octubre, es una redundancia á que ya todas las clases sociales prestan escasa atención.

Y ya que de ferias se trata, debemos aprovechar la ocasión para disertar acerca de ellas, y demostrar que, aunque revisteros noveles, poseemos la suficiente erudición para desempeñar con acierto nuestro cometido.

Manos, pues, á la obra.

Allá va. Fijaos bien, carísimos lectores, que la cosa lo merece.

La palabra feria viene de la palabra latina *forum* (plaza pública)—¡si sabré yo latin!—y parece que su celebración en España data desde el año 1030 antes de Jesucristo, cuando por haber quedado esta nación inhabitada de resultas de una gran sequía, vinieron los rodios y fundaron en Cataluña la ciudad de *Rosas* para celebrar sus ferias. Los fenicios, émulos de los rodios, vinieron después. hacia el año 1380 de la creación, y fundaron á Cádiz, donde establecieron sus almacenes de mercancías y celebraron con los españoles; los romanos les imitaron en casi todas sus colonias; los godos siguieron la misma costumbre, de lo cual son buena prueba las famosas ferias que por su época celebraron Toledo, Burgos y Gijón; los árabes toleraron á los españoles sus antiguas prácticas, razón por la cual Córdoba, Mairena, Sevilla, Málaga, Medina del Campo, Zamora, León, Mérida y Valladolid siguieron celebrando sus afamadas ferias. De ellas la más importante en el siglo XV, fué la de Medina, en la cual, según D. Luis Valle de la Cerda, se hacían transacciones por valor de 500 millones. En los fueros municipales se encuentran algunas disposiciones acerca de las ferias, único comercio que en los siglos medios existía.

Creemos que con este rasgo de erudición quedarán nuestros lectores convencidos hasta la saciedad de que somos dignos revisteros de nuestra época.

Pero dejémonos de digresiones y vamos á nuestro asunto.

Continuemos. Por privilegio expedido por el no muy afortunado monarca D. Juan II de Castilla, en Valladolid á 18 de Abril de 1447, hizose merced á la entonces no más que villa de Madrid, de dos ferias francas, una que había de celebrarse por San Miguel y otra por San Mateo, en remuneración y recompensa de haberle quitado las villas de Cubas y Griñón, que pertenecían á Madrid, para dárselas á un criado del mencionado rey, y la verdad es que por aquel entonces debió acoger el ilustre

concejo con gran contentamiento una gracia de que cas todas las poblaciones de alguna importancia disfrutaban. Pero tiempos más adelante les vino en mientes á los monarcas de la dinastía austriaca la idea de elevar á Madrid á la categoría de corte, y perdiendo con ello la villa todo cuanto de agrícola tuviera, quedó la feria relegada á un segundo término, y fué muy otra cosa que lo que para otros pueblos significaba.

Desde aquella época á la nuestra, la feria de Madrid ha sido siempre lo mismo, es decir, á una exposición de mercancías trasnochadas y de artículos de difícil salida que, almacenados durante el año, lograban á veces venderse en los días en que, por exhibirse á la vista de los compradores, encontraban quien, cargando con ellos, aliviara de tan pesada carga á los comerciantes.

Quisiéramos poseer la bien cortada pluma del egregio cronista de esta villa D. Ramón Mesonero Romanos, para trazar en breves frases un cuadro descriptivo de lo que fueron las ferias madrileñas en lo que va de siglo. Únicamente de esta manera podrían los lectores de LA AMÉRICA formar cabal idea de lo que era la feria de Madrid.

Animado aspecto ofrecía la corte en los últimos días del mes de Setiembre. Todos los rincones y lugares más céntricos eran obligado asiento de las barateros, y mientras en la calle de Alcalá se mostraban los puestos de juguetes, residuos de las covachuelas, las plazas de Santa Ana, Santo Domingo, de Bilbao, Progreso, Descalzas y otras muchas quedaban obstruidas por enormes hacimientos de muebles viejos y de libros descabalados en que solía verse codeándose mil heterogéneos objetos.

Después se relegó la feria al Paseo de Atocha, de donde pasó al Salón del Prado, y de estos sitios fué expulsada á la calle de Alfonso XII, y tal vez dentro de poco tiempo ni aun allí se las tolere.

Y ahora que hemos hecho ostentoso alarde de nuestra erudición á la violeta, es llegado el momento de demostrar la utilidad de estos recuerdos.

Por lo que dejamos expuesto, se ve que el origen de

las ferias se remonta á la oscura noche de los tiempos, de lo que se deduce que es una institución anticuada, y como tal debe desaparecer.

Nuestra época progresiva ha matado las ferias, inventando los bazares y las exposiciones.

Nunca ha habido en Madrid tantos teatros como en el momento en que escribimos; y como si éstos no bastaran, anúnciase para dentro de breves días la apertura de otro de nueva planta, el de la Princesa, pero nunca tampoco, á juzgar como es irremediable hacerlo por el número de las personas que á ellos concurren, pudo ser mayor que hoy la afición de los madrileños á los espectáculos escénicos; y sin embargo—¿por qué negarnos á la evidencia?—estamos en un período de visible decadencia en punto á literatura y arte dramático, y de algo peor que de mal gusto por parte del público.

Mas no se crea, porque proclamamos esa que á nosotros nos parece axiomática verdad, ni que desconocemos ó no apreciamos en lo mucho que valen á los distinguidos ingenios y artistas contemporáneos, ni menos que hemos caído en la deplorable manía de los viejos, que, mal avenidos con haber dejado de ser jóvenes, todo cuanto se diferencia de lo que antaño estuvo en moda les parece mal y aun abominable. Somos amantes de la juventud y del progreso, y por nada en este mundo quisiéramos que en cosa alguna retrocediese nuestra pobre España á tiempos demasiado conocidos para no detestarlos cordialmente.

Hecha esta salvedad, volvemos á nuestro primitivo propósito, insistiendo en lo que ya dejamos apuntado; hay, ó habrá en esta temporada en Madrid más teatros que nunca hubo; pero á pesar de esto, el teatro español

está en visible decadencia. Es también indudable que hoy concurre más gente á los teatros que concurrió en épocas anteriores; pero esa gente va mucho más á matar el tiempo y saciar los ojos con el espectáculo puramente material, que á buscar pasto á su entendimiento emocional á su sensibilidad.

Con inusitado lujo de halagüeñas promesas y pomposos anuncios, las empresas teatrales han empezado ya á publicar sus listas de compañías y sus propósitos artísticos para el año cómico de 1885 á 86 que se disponen á inaugurar.

He aquí los teatros que estarán abiertos en la temporada que comienza ahora: Real, Español, Comedia, Princesa, Apolo, Zarzuela, Lara, Variedades, Price, Martín, Novedades, Eslava, Madrid y la Alhambra. Total, catorce.

Además hay que tener en cuenta que las Sociedades de Conciertos preparan también sus campañas para el próximo invierno; la que dirige el maestro Bretón organiza sus audiciones para todas las tardes de los domingos, y la *Unión artístico-musical*, que dirige el maestro Espino, dejará oír las suyas en los mismos días en el Circo de Price.

Si estuviéramos en una capital como París, en que hay una población flotante de más de 50.000 almas, no nos maravillaría este alarde de espectáculos; pero estando en Madrid, población á que no concurren tantos forasteros, y en que por ende somos siempre los mismos en concurrir á los espectáculos, no sólo nos maravilla sino que nos aterra tal número de teatros.

Creemos, pues, sin temor á incurrir en gravísima equivocación, que el dar al espectáculo teatral esas proporciones es provocar una lamentable crisis.

La marcha de los sucesos nos irá revelando el éxito de los negocios teatrales.

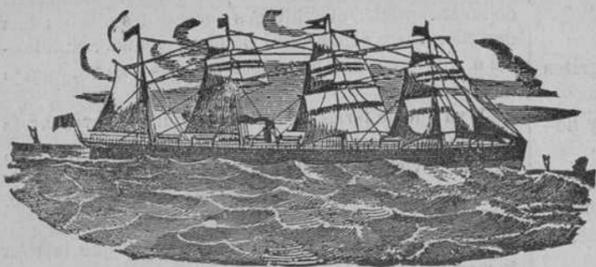
Entretanto, nuestra misión es prepararnos á juzgar, con la imparcialidad y el desapasionado criterio que quepan en el juicio humano, el trabajo de los autores dramáticos, y de los actores, sus intérpretes, que hayan pedido campo en el palenque de la próxima temporada teatral.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

Imprenta de EL PROGRESO

á cargo de B. Lanchares, Salesas, 2, duplicado.

ANUNCIOS



SERVICIOS DE LA

COMPAÑIA TRASATLANTICA

DE BARCELONA
VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA
con escala y extensión á las Palmas,
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.
Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana.
Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevititas, así como á La Guaira, Puerto albr o, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacifico, hacia el N. y Sud del Itsmo.
El 10, de Cádiz, el vapor *España*.
El 20, de Santander, *Ménder Núñez*.
El 30, de Cádiz, *Antonio López*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1, fíjamente de cada mes.
El vapor *Isla de Panay* saldrá de Barcelona el 1.º de Octubre.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. *Larínaga* y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irarorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le favorece.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

LA REFORMA AGRÍCOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sencimentales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirigen á las *Oficinas facultativas de La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES

SEVILLA

Rvn.

1.º *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de cuentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk-lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 16

COLÓN EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS

Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

GERMINAL

HIJA LEGITIMA Y EN DOS TOMOS

DE E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas.

Librería de *El Cosmos editorial*, Montera, 21

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carme...